

AYALA

SOCIO
LOGIA
POLITIC

HN18
ABB

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

Números Publicados

- LAS CLASES SOCIALES, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.
- LOS PARTIDOS POLÍTICOS, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.
- SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD, por el doctor Roberto Agramonte.
- EL MUNDO HISTÓRICO SOCIAL, por el doctor Juan Roura Parella.
- PROBLEMAS DE LA UNIVERSIDAD, por los doctores Lucio Mendieta y Núñez y José Gómez Robleda.
- VALOR SOCIOLÓGICO DEL FOLKLORE, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.
- INTRODUCCIÓN A LA PSIQUIATRÍA SOCIAL, por Roger Bastide.
- TEORÍA DE LOS AGRUPAMIENTOS SOCIALES, por el doctor Lucio Mendieta y Núñez.
- TEMA Y VARIACIONES DE LA PERSONALIDAD, por el doctor Juan Roura Parella.
- CARACTERES SUDAMERICANOS, por Roberto Fabregat Cúneo.
- LAS CIENCIAS SOCIALES DEL SIGLO XX EN ITALIA, por Massimo Salvadori.
- PRINCIPALES FORMAS DE INTEGRACIÓN SOCIAL, por L. L. Bernard.
- DEMOCRACIA Y MISTICISMO, por Djacir Menezes.
- LA PROBLEMÁTICA DE LA CULPA Y LA SOCIEDAD, por el doctor Juan José González Bustamante.

Instituto de Investigaciones Sociales de la
Universidad Nacional de México.

CUADERNOS DE SOCIOLOGIA

ENSAYOS DE SOCIOLOGIA
POLITICA

En Qué Mundo Vivimos

por

FRANCISCO AYALA

BIBLIOTECA DE ENSAYOS SOCIOLOGICOS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
UNIVERSIDAD NACIONAL
MEXICO, D. F.

Derechos reservados conforme a la ley.



Impreso en los talleres de la EDITORIAL STYLO, Durango 290, México, D. F.

N O T A

Los ensayos que componen este libro contemplan, todos ellos, el panorama del mundo actual desde ángulos ligeramente distintos, apenas separados por pequeños lapsos en el tiempo y por alguna variación en el aspecto que, de momento, ha podido llamar la atención del mismo observador. El primer trabajo incluido en el volumen fué escrito en Buenos Aires —pero no publicado en la Argentina— hacia 1947; considera la experiencia local, dándole proyecciones universales, como ya sugiere la ambigüedad de su título, *Ojeada sobre este mundo*, que desesperaba al traductor alemán de la revista “Universitas” de Tubinga, empeñado en averiguar si *este mundo* era el mundo americano, o acaso el mundo de hoy, que nos ha tocado vivir, o sencillamente el mundo terrenal en contraste con el de ultratumba... *El hombre al día*, escrito poco después, enfoca, desde un punto de vista subjetivo-objetivo, más individual y más abstracto al mismo tiempo, igual orden de experiencias. El ensayo titulado *Libertad y tecnología* plantea, críticamente, pe-

ro apuntando a soluciones pragmáticas, el problema de la libertad del hombre en un mundo tecnificado. Se escribió por sugestión de la UNESCO para publicarse, como se ha publicado, en las versiones inglesa y francesa de su "Boletín Internacional de Ciencias Sociales". El estudio sobre la concepción del Estado por la Contrarreforma, aun cuando por su apariencia sea más académico e inactual, no hubiera podido escribirse si las terribles ocurrencias de nuestro tiempo no hubieran permitido interpretar con mayor hondura la significación de aquella crisis histórica de la que son secuela. Y, en fin, las dos notas finales, se apoyan en diversas circunstancias derivadas de la segunda Guerra Mundial, a raíz de la cual fueron escritas, para comentarlas según criterios no circunstanciales.

Es de esperar que su conjunto responda al título, enunciativo, pero no desprovisto de cierto subjetivo énfasis, de *En qué mundo vivimos*.

Puerto Rico, marzo de 1951.

OJEADA SOBRE ESTE MUNDO

Un profesor en perplejidades

Un profesor de ciencia política —o, como en España se le llamaba oficialmente, de Derecho político; o, según la denominación francesa, de Derecho constitucional— que, tras el cataclismo de estos años, quisiera reanudar ahora sus trabajos interrumpidos, se encontraría con la ingrata sorpresa de haberse evaporado entretanto la materia misma de su especialidad, su asignatura ha desaparecido, no tal vez de los planes de estudio y de los programas universitarios, pero sí de la realidad.

Hace todavía no más de un decenio seguía siendo posible impartir a los alumnos en forma dogmática la enseñanza de algunos principios que, pese a todo, continuaban en pie, al mismo tiempo que esos principios eran sometidos a revisión crítica en los debates de seminario y en las elucubraciones de revistas y libros. Verdad es que tales académicas tareas se veían ya en aquel entonces seriamente entorpecidas por hechos brutales que,

irrumpiendo en el campo de las relaciones políticas, perturbaban de manera harto grave el tradicional encuadre del fenómeno "Estado"; por los cultores profesionales de su teoría se esforzaban en despachar el embarazo mediante alguno de estos expedientes: considerar semejantes fenómenos como manifestaciones extravagantes, anormales, *patológicas*, entendiéndolo por ello: eminentemente pasajeras, inconsistentes e indignas de consideración, y expulsándolas así del ámbito de la ciencia; o superficializar su propia labor docente, reduciéndola a una mera descripción y catálogo de formas institucionales diversas, con sus correspondientes catecismos doctrinales, sin otra comprensión ni elaboración teórica; o, en fin, abandonar la Teoría del Estado a cambio de una sociología política capaz de explicar los nuevos hechos en cuanto tales, saliéndose de ese modo por la tangente. Pero, a vuelta de esas dificultades, subsistía en la práctica el *minimum* indispensable de convencimiento para seguir sosteniendo —aunque tan comprometida, tan renqueante— aquella construcción científica del Estado que se fundaba sobre los supuestos de una pluralidad de poderes políticos organizados a base de entidades nacionales dentro de una comunidad de cultura, y cuya pieza maestra era el principio de la soberanía, ilimitada en el orden del gobierno a condición —condición tácita— de que éste mantuviera una inhibida neutralidad en cuanto al resto de las actividades sociales y, muy en particular,

frente a la vida económica. Explicar o disimular con argumentos sutiles o con hábiles remiendos las contradicciones, cada día más palmarias entre práctica y teoría, cohonestar las tendencias opuestas a aquel sistema evitando que el edificio cimentado en sus postulados se desplomara por completo, era en gran parte el infructuoso afán de los profesores, que la conflagración última desahució en definitiva.

Y ahora ¿qué queda de todo eso? La soberanía nacional, que en la mayor parte de los casos no era sino un principio cuya efectividad —como la celada hecha por don Quijote— valía más no poner a prueba, ha perdido hasta la sombra de verosimilitud bajo el régimen mundial de las dos grandes potencias en pugna: U.R.S.S. y U.S.A. Y, por otro lado, dentro de cada nación el creciente totalitarismo, contra el que se dijo luchar durante la pasada guerra, hace que el Estado intervenga cada vez más en todos los sectores de la vida social —y sobre todo, en la economía—, incorporándose y politizándolos. Aplicar a la realidad actual las categorías de la vieja Teoría del Estado resulta hasta irrisorio. Pues —para no hablar de los regímenes que ostentan sin embozo su finosomía totalitaria, ni de aquellos otros que van transformando en tal sentido su vieja estructura liberal— los pueblos que, como Francia, como Italia, han intentado restaurar las antiguas instituciones, ofrecen en su práctica política una terrible sensación de

incongruencia, de falsedad —tal cual la daría el profesor de Ciencia política que se empeñara en reanudar sus trabajos de preguerra en los términos en que hubo de dejarlos suspendidos hace unos años.

¿Podrá, en cambio, este obstinado especialista edificar una nueva Teoría del Estado sobre los datos que le proporciona la experiencia inmediata del poder político según hoy funciona a ojos vistas? Habrá que ponerlo muy en duda. Si todavía en el período que media entre las dos guerras mundiales era posible prolongar las líneas de la Teoría del Estado hacia un eventual desarrollo de la situación de acuerdo con sus tendencias inmanentes, de suerte que aquélla enlazara, por ejemplo, con una organización internacional del tipo de la S. de N., esa posibilidad ha desaparecido por completo, tanto como la constituida por las esperanzas utópicas de tono revolucionario, en el fondo de las cuales se dibujaba a su vez una doctrina y un programa acerca del régimen universal de la convivencia humana.

Los rasgos que la realidad actual presenta son los de un mundo en descomposición, cosa que en manera alguna puede confundirse con una situación revolucionaria; en cierto modo, es todo lo contrario, pues revolución implica movimiento histórico determinado por una tensión de fuerzas sociales, dialéctica real, mientras que los hechos sociales del presente corresponden a una sociedad desintegrada y encharcada donde todo es confuso, los

movimientos son ciegos, los conceptos se han vaciado de significación y las palabras, corrompidas y deformes, degradadas al papel de insultos, oscuras, torpes y sumarias como gritos infrahumanos, muestran una grotesca inutilidad para lo que es su función específica: entenderse. Quizá sea que ha fallado en un momento dado una cierta generación, perdiendo de la mano el control del proceso histórico; tal vez —lo que sería más desesperante— el grado de desarrollo técnico alcanzado por nuestra civilización rebasa las capacidades humanas de control social, y la pone en peligro inminente de hundimiento. Pero, sea como quiera, parece evidente que la situación evoluciona por sí misma a impulsos de inmediatas apetencias y de elementales reacciones psicológicas que, potenciadas y canalizadas a través de los gigantescos aparatos organizatorios que la técnica industrial proporciona a la democracia de masas, pero privadas de toda orientación en valores, conducen al puro disparate.

El progreso en la técnica material y en la política

Se dirá acaso, y con razón, que técnica industrial y democracia de masas comportan sus propios valores, a saber: el de un progreso mecánico capaz de liberar al hombre de la esclavitud del trabajo, y el de una consiguiente elevación de todos los seres humanos al plano de esa libertad. Ello es innegable. Pero será menester —con vistas

a ulteriores análisis— que atendamos a las circunstancias históricas en que tuvo lugar la persecución y relativo cumplimiento de tales valores.

El gran despliegue técnico por cuya virtud ha llegado nuestra civilización a ser lo que es hoy, se cumplió —como es sabido— bajo la norma de la abstención del Estado en las relaciones sociales de producción y distribución de bienes. La parte más característica e intensa de ese despliegue llena el siglo XIX, si se compara el tono medio de la vida en Europa y América antes de la Revolución Francesa con el que había llegado a adquirir cuando, en 1914, estalla la primera Guerra Mundial, el resultado de la comparación mostrará una diferencia asombrosa, cualquiera que sea el aspecto sobre el que la atención se fije: ya se consideren los índices sanitarios, ya el nivel de la cultura popular, la dieta normal media de las poblaciones, sus defensas contra las inclemencias naturales, el vestido, vivienda, comodidades varias, ocio y diversiones, etc., etc. Al mismo tiempo, las cifras de población se multiplicaron durante ese período de poco más de un siglo en proporciones increíbles. Y lo más notable es que ese rapidísimo, ese enorme incremento de la población fué acompañado de un aumento paralelo de su bienestar, de tal modo que las condiciones de existencia de la gran mayoría de los hombres pasaron a ser indeciblemente superiores desde el punto de vista material a las que

prevalcían antes con cifras demográficas mucho más débiles.

Claro está que la gigantesca transformación no se desarrolló sin contradicciones internas y desarreglos de consecuencias crueles; pero, en suma, ha conducido a una mejora muy sustancial en el promedio de las condiciones de existencia entre las masas populares y, por cierto, unas masas cuyo volumen creció entre tanto de manera colosal. El obrero agrícola o industrial de nuestros días, decorosamente vestido, suficiente y equilibradamente alimentado, alojado con decencia y sometido a una jornada de trabajo que le garantiza el descanso y solaz necesarios, a la vez que encuentra a su alcance los bienes de una mediana formación cultural, hace contratos con el paria desnutrido, harapiento y analfabeto, anterior al gran despliegue económico y técnico del siglo XIX. Cierto es que las condiciones actuales de vida están lejos de ser ideales, y que grandes sectores de la población mundial siguen sufriendo penosas privaciones. Pero se debe reconocer que esos sectores más desafortunados de la humanidad representan precisamente un residuo económico-social de la situación previa a la gran revolución industrial que ha transformado la fisonomía del mundo; y que fué ésta la que permitió el evidente mejoramiento, en su promedio, de la suerte del género humano. Sin los frutos técnicos producidos por ella, ni la población mundial hubiera podido multiplicarse co-

mo se ha multiplicado, ni mucho menos hubiera podido disfrutar de los bienes que hoy están a la disposición de sus grandes multitudes.

El proletariado dentro del capitalismo

Sería, por supuesto, una falsa inferencia la de que el gran despliegue económico y técnico que en tan breve lapso ha traído tal progreso sea un *resultado* de la aplicación de ciertos principios doctrinales. Pero, en todo caso, la revolución industrial se encuentra presidida por el principio fundamental de la abstención del Estado en las relaciones sociales de carácter económico, y nadie puede pensar que sea ésta una conexión accidental. En fenómenos de tal naturaleza la casualidad tiene escaso papel.

Pues bien, el principio de la abstención del Estado corresponde a la teoría política democrático-liberal, que confiere al poder público la exclusiva misión de salvaguardar el orden público, identificando éste con el sistema de los derechos individuales que configuran la libertad del individuo... Quizá sea excesivo —repetimos— atribuir al régimen de tales derechos el florecimiento económico social en cuestión, pero nadie podrá negar que la no intervención del Estado en las actividades económicas, comenzando por la supresión de muchas trabas legales que, tradicionalmente, se oponían a la li-

bre iniciativa del particular, fué condición indispensable, sin la cual el proceso de elevación general no hubiera podido cumplirse: regulaciones numerosas y diversas, mantenidas por el viejo Estado autoritario, cerraban el paso al movimiento que tan benéfico había de resultar a la postre, al introducir un progreso en beneficio de la población total.

Y, sin embargo, no tardaron en levantarse contra la teoría del Estado que sostenía el principio de inhibición de los poderes públicos en la actividad económica; objeciones, tanto doctrinales como prácticas, que conducirían a la deliberada vulneración de dicho principio. La historia de esas objeciones es, sustancialmente la historia del movimiento socialista, pues por lo pronto la crítica contra la abstención del Estado en las relaciones de producción, surge a la vista de ciertos trastornos e injusticias ocasionadas al comienzo por el libre juego de las actividades industriales. Infinidad de veces, hasta llegar a convertirse en lugar común, ha sido descrita la situación del industrialismo incipiente, en la que, por efecto de la concentración capitalista y el funcionamiento de la ley de la oferta y la demanda en el mercado de trabajo cuando el proletariado carecía de organización, dieron lugar a su extrema miseria. Tal situación suscitó diatribas diversas, unas inspiradas en actitudes humanitarias, y otras —más consistentes— dirigidas en un sentido polémico contra el orden social

vigente a la sazón, y contra los principios doctrinales que le servían de soporte ideológico.

Cuajada de una filosofía de la historia, la interpretación hecha por Marx de las ocasionales circunstancias que iniciaban el industrialismo en el occidente de Europa, montó sobre la lucha de clases un programa de revolución social alrededor del cual ha girado por toda una centuria la política europea. Al cabo de ella, resulta asombroso comprobar que tanto heroísmo, esperanzas, sacrificios, cuantos esfuerzos se han hecho para promover una revolución entendida, según su programa, como cambio orgánico de la estructura de la sociedad, estaban invalidados por la torpeza de su anacronismo; respondían a unos supuestos que en la realidad habían dejado de darse desde muy pronto, los supuestos del industrialismo incipiente. Sus circunstancias tenían el carácter de un desarreglo transitorio, estaban originadas en la readaptación social a nuevas condiciones técnicas en el proceso de producción, y el propio proceso debía restablecer en seguida los equilibrios sociales. Por paradoja, el programa de una revolución que, suprimiendo el poder de la clase propietaria y explotadora, y eliminando con ello la clase misma, transformara el orden social, es decir, la política de la lucha de clases, sirvió con eficacia al desarrollo del capitalismo, proveyéndolo de lo que es su elemento indispensable: una masa tra-

bajadora preparada, sana, activa y dotada de capacidad adquisitiva. Paradoja sólo aparente, ya que el proletariado pertenece al orden capitalista, no por el mero hecho de que éste determina su aparición y necesita de su existencia como mano de obra y como consumidor, sino también porque su mentalidad se erige sobre las propias actitudes espirituales que dieron lugar a la mentalidad burguesa empresaria, reproduciéndola con vuelo alicorto, en aspiraciones prácticas que traducen a proporciones mezquinas los mismos ideales de vida.

La crítica contra la opresión de clase suministró, pues, el instrumento ideológico que promovería la sindicación obrera, y ésta, a su vez, determinó a través de las peripecias de la lucha de clases, la ascensión del proletariado dentro del régimen capitalista —su ascensión como capa social, a la par que crecía y prosperaba el sistema económico mismo. De hecho, las masas trabajadoras elevaron su nivel a un plano superior al que jamás antes habían tenido en la historia, y eso, dentro del sistema de la economía libre y bajo el principio, por ellas criticado y combatido, de la abstención del Estado.

Pero esa elevación, a la vez que permitía el formidable despliegue técnico del capitalismo, tenía que producir cambios en la estructura de la sociedad que desautorizaran de más en más el esquema inicial de la contraposición de clases que fundaba la filosofía de la revolución. Tanto que, si alguna vez lo había sido, pronto dejó

de ser practicable la complejísima operación de discriminar explotadores de explotados. Prescindiendo de la diversidad de intereses —tantas veces señalada y comprobada como contraste— entre obreros industriales y campesinos (estos últimos, por su lado, en condiciones tan diversas como las que van desde el siervo de la gleba hasta el pequeño propietario que cultiva el predio con su familia y acaso un criado); prescindiendo de igual contraste entre los trabajadores asalariados de la industria y ese abigarrado e incómodo conjunto que el marxismo, en precipitado saldo chapucero, englobó bajo la común denominación de “pequeña burguesía”, ¡qué gradaciones no se han ido marcando dentro del proletariado industrial mismo, desde el técnico bien cotizado hasta el peón, con las consabidas pugnas y tensiones! Más visibles todavía resultan éstas entre las industrias diversas, cuyos obreros —por mucho que se presumen unidos en un supremo interés de clase— no dejan, llegado el caso, de defender sus respectivos intereses en colisión. Y nada digamos por lo que se refiere a la competencia de intereses entre los proletariados de distintos países. ¿Hasta qué punto cabrá considerar explotado, por ejemplo, a un obrero cuyo nivel de vida sea superior al término medio consentido por la productividad efectiva de su país, cuando ese plus se basa en el coloniaje u otros medios de poder con los que dicho país se asegura una renta nacional por encima de su riqueza propia? Preciso

será reconocer que no carecía de alguna base aquella fórmula con que el fascismo retorció la tesis de la lucha de clases, hablando de: "naciones capitalistas y naciones proletarias"...

La economía en el puño del Estado. El oro y el hierro

Con esto, tropezamos ya en el Estado como factor activo de la vida económica, factor que ha llegado a ser el decisivo tras el ocaso del principio que postulaba su abstención rigurosa. Es notorio que dicho principio jamás había sido llevado a la práctica de un modo absoluto; pero, mientras que en el siglo XIX era generalmente observado como criterio inspirador, a partir de la primera Guerra Mundial, en cambio, viene siendo vulnerado sistemáticamente y se ha llegado a crear alrededor suyo una atmósfera de desprestigio. Dimana éste, sobre todo, de la crítica socialista, repetida sin cansancio, y según la cual la abstención del Estado en la competencia económica entre partes desiguales equivalía, en verdad, a una intervención a favor de la parte más fuerte, de modo que las libertades por él garantidas resultaban ficticias, puesto que en el contrato de trabajo uno de los contratantes, el obrero, lejos de ser libre, estaba sometido a la voluntad del empresario, —de donde la demanda de una intervención autoritaria del poder público para restablecer el equilibrio. Dimana también, en se-

gundo lugar, del temor de los sectores patronales que comprobaban con alarma cómo la fuerza efectiva del proletariado crecía y crecía hasta romper el equilibrio en sentido inverso, obligándoles a desear por su parte análoga intervención.

Y así, tan pronto en defensa de la clase trabajadora y a estímulo de sus partidos (política social), tan pronto en defensa de la industria nacional y a estímulo de sus empresarios (aranceles protectores, subsidios del fomento), el Estado ha venido interfiriendo con intensidad cada día mayor en la vida económica de los países, hasta llegarse al punto en que —por unos u otros caminos, y con intenciones diversas, cuando no opuestas— controla ahora en casi todas partes las actividades sustanciales de producción y distribución de la riqueza, teniendo así en un puño la economía.

Es claro que, para producirse semejante estatificación de la vida económica fué menester, como condición previa, que el sistema entero de la economía evolucionara, según lo ha hecho durante los últimos cien años, hasta adquirir rasgos estructurales homogéneos a los que presenta la organización estatal, cediendo lo espontáneo a favor de lo calculado, la autorregulación a favor del plan, la iniciativa abierta a favor de los circuitos cerrados, hasta substituir la economía mundial libre por las autarquías nacionales. Evolución tal hacia la complejidad mecánica y la abstracción formalista en la estruc-

tura de la economía estaba indicada en cierta medida por las tendencias internas de la técnica de producción capitalista; pero, en no pequeña parte, estaba determinada también por el marco político nacional dentro del cual hubo de desarrollarse el capitalismo en la fase actual de nuestra civilización, y que hacía depender de una pluralidad de Estados en competencia el cumplimiento de ciertas condiciones de su desarrollo. Piénsese, por ejemplo, que la vida económica actual toda está fundada sobre el crédito, y que éste a su vez reposa en último extremo sobre la autoridad pública: son los medios de poder del Estado soberano los que prestan su garantía suprema al conjunto de los valores en circulación. La teoría estatal del dinero que G. F. Knapp elaboró a principios de este siglo estaba implícita ya en la primera acuñación de metal precioso: lo que en un principio fue mera garantía del valor podría suplantar en un momento dado al valor mismo por su mero signo... para cuya multiplicación no hay límites. Goethe había percibido desde bien pronto, con la intuición del poeta, lo que implicaban los billetes de banco de curso legal: era nada menos que la piedra filosofal, que Mefistófeles entregaba al fin, tras de tantos siglos como los alquimistas la habían perseguido en su vano empeño de fabricar oro. Ahora, quien tuviera el hierro tendría también el oro. Así, a la inflación que el Dr. Schacht preparó después de la derrota alemana de 1918, se le llamó estafa, y a la eco-

nomía de guerra montada más tarde por los nazis, con sus marcos de ocupación y medidas por el estilo, se le ha llamado robo; pero, con todo, el Dr. Schacht está absuelto, y nadie se atrevería hoy ya a aplicar tan duros calificativos a operaciones financieras de tipo análogo. El oro hecho a base de hierro mediante la alquimia del Estado se muestra tan idóneo como el extraído de las minas; de modo que quienes hacían cuentas y pronósticos acerca de la capacidad económica de Alemania en los pródromos y comienzos de la pasada guerra, calculando sobre los datos de sus disponibilidades metálicas, debieron comprobar muy pronto que los supuestos de la economía monetaria habían perdido su vigencia. ...

Pero ¿se mide bien el significado que envuelve esta nueva situación? Significa: economía dirigida; significa: la economía entera pendiente del Estado que, dueño de sus claves, puede intervenir e interviene de hecho, directa o indirectamente, en todos los sectores y aspectos de la actividad económica de la población; significa: que estando en manos del Estado la producción y la distribución de riquezas, los gobernantes pueden alterar mediante el aparato oficial, y como por arte de magia, la estructura misma de la sociedad. Y aquí vuelve a hacerse patente de otra manera el anacronismo de los partidos proletarios empeñados en la revolución social, cuando mediante el juego de los impuestos, los aranceles aduaneros, los cupos de exportación e importación, el

control de cambios, las regulaciones industriales, la política social, el monopolio del crédito, etc., etc., depende de la voluntad del Estado al operar de manera solapada e incruenta, si no imperceptible, y en todo caso con un minimum de trastornos, las más audaces modificaciones en el seno de la sociedad, al mismo tiempo que el despliegue de su organización conectado con el progreso de la técnica material (teléfono, aviación y ametralladora) privaba de perspectivas serias a cualquier movimiento subversivo. Había pasado la era de las revoluciones; ya sólo podían intentarse golpes de Estado. Y aquellos partidos revolucionarios, en la medida en que su programa no se hubiera convertido en pura palabrería, se agotaban en inútiles esfuerzos por derribar una puerta que era practicable con sólo accionar su llave, y sólo así. ¿Quiénes lo hicieron en efecto? ¿Con qué fines y qué resultados?

El descamisado patriota. Fuentes del nacionalismo

A esto, importa repetir que la evolución político-social correspondiente a las transformaciones operadas por el desarrollo del capitalismo, y sobre todo la ascensión del proletariado, evolución que condujo a la Democracia de masas, se cumplió dentro del marco de los Estados nacionales, y ello, a estímulos tanto de las reivindicaciones políticas de clase como de los motivos

ideológicos derivados del dogma de la soberanía popular, motivos para los que debían mostrar sensibilidad muy despierta los grupos sociales carentes de una superior cultura. El patriotismo había sido ya en la Revolución francesa patrimonio espiritual único de los desca- misados, frente a los valores tradicionales sostenidos por la aristocracia, e incluso frente a los valores intelectuales y morales propios de la burguesía racionalista. ¿Qué de extraño tiene que las nuevas masas, primarias, emocionales y simplistas, que se incorporan a la vida política durante el presente siglo acudan también a remediar su desamparo mental en los reservorios ideológicos del nacionalismo? Burlarse de esta tosca religión y denotar a sus secuaces, es fácil; pero el indigente que se ve privado de una formación religiosa sin que la sustituya una formación filosófica capaz de suministrarle una concepción del mundo; cuyos recuerdos de infancia le ofrecen un cuadro familiar lamentable, penoso siempre y con frecuencia vergonzoso, en lugar de respetables tradiciones domésticas; cuyos ideales de vida, reducidos al goce de bienes materiales, han sido defraudados una vez y otra por la ingrata realidad; cuyas circunstancias actuales no ofrecen asidero alguno a la propia estimación, ¿no es comprensible que este pobre ser se envuelva en la bandera de la patria, ante la que todo el mundo se descubre? ¿que preste algún contenido a la nada de su yo, prendiéndose una escarapela en la solapa? ¿que ilumine

su insignificación con la gloria de los héroes, y se sienta participar —él, que nada vale— en los valores intachables de su nación? Esta pueril añagaza es acaso lo único que da una sombra de sentido humano al vacío de su existencia, magnificando ilusoriamente su nulidad con todos los oropes del culto patriótico.

Ilusoriamente, mas no sin consecuencias prácticas de gravedad suma. Proviene esta gravedad, ante todo, de que los sentimientos sobre que la ideología nacionalista se funda son connaturales al hombre, primarios y muy legítimos en sí mismos: su base es el amor a la tierra natal, que se tiene por sagrado. El alma reclama los valles de la infancia, el paisaje y celaje, las montañas, mares, los colores, olores y ritmos. ¿Había de estar abstraído por completo el ser humano a esa vinculación de tantos y tantos seres vivientes como cumplen su existencia en respuesta feliz a un determinado ambiente, fuera del cual padecen cuando no sucumben? De igual manera que el gato se aferra a un rincón abandonado, así el hombre suspira por el lugar de su crianza, y siente fuera de él un desgarrón, a veces muy sutil, otras insufrible. Para muchos, desprendidos de aquellos parajes, la vida entera se configura en pura nostalgia. Pero el ser humano vive históricamente; es emprendedor, y construye su propio ambiente, integrándolo con los elementos más diversos. De los caracteres de sus respectivas experiencias dependerán los de su nostalgia. El campesino gallego

arrancado a la pequeña comunidad rural donde vivía sumergido en el paisaje, para trasladarse a América, añorará por siempre su aldea, aunque le dé en sus quejas el nombre de Galicia o de España; el estudiante que ha recorrido su región antes de emigrar, y que ha ligado lo que veía a referencias históricas y problemas actuales, añorará, y eso con menos apremio, el complejo a que se ensanchó su experiencia en aquella época de formación ... Tales son las raíces naturales del patriotismo, que pueden identificarse con el sentimiento de la propia vida vivida; de modo que, lejos de excluir, es capaz de incorporar en el innato amor a la tierra todas las tierras que sucesivamente se han ido abriendo a la mirada y a los pies y dejando su impronta en el alma.

Ahora bien, sobre esos sentimientos funda el nacionalismo una actitud política que transfiere tan rica y directa experiencia al esquema arbitrario del Estado, trazado por los azares del juego de poder, según sabe cualquiera que posea siquiera las más someras nociones de historia: batallas, matrimonios, decesos, habilidades o torpezas diplomáticas, y la casualidad misma, han entrado con variable proporción a perfilar las naciones —nunca, sin embargo, de un modo definitivo— en el marco del Estado soberano. Y al hacer esa conversión de los sentimientos naturales a intenciones políticas, aquéllos se desnaturalizan hasta ser tan artificiales como el Estado mismo, aparato organizado para el ejercicio del poder. El amor a

la tierra propia encarnado en el sujeto, y que ha penetrado en él con el aire que respira, con el sol y la lluvia que tocan su piel, con el paisaje que se le entra por los ojos, con el suelo que pisa, es substituído por la idea del territorio del estado, que el sujeto percibe por vía intelectual, reducido a símbolo, a mera forma alusiva, en un mapa, en una abstracción remotamente referida a la tierra misma, que —claro está— no coincide con la experiencia efectiva de cada cual.

¿Cómo se operó esa maravilla de prestidigitación? Cuando los representantes intelectuales de los grupos reaccionarios, para oponer a la política racionalista —radical— de la burguesía, aglutinaron los motivos que estimaban peculiares de la nacionalidad, constituyendo una doctrina de base mística, estaba lejos de adivinar que su fervor daría lugar a un sistema de postulados no menos abstractos que los reprochados a sus adversarios,¹ aunque tales postulados no fueran ya principios de valor universal, y que la pululante riqueza cultural que ellos afir-

¹ Léanse en cualquier hemeroteca los discursos patrióticos que tanto se prodigan en todos los países: las mismas frases hechas, los mismos acuñados ditirambos, expresan la devoción a cada bandera. Y si se visitan las capitales de varios Estados —cosa que puede ser ahora cuestión de días o aun de horas— la misma actitud heroica sobre el mismo caballo de bronce —puras abstracciones— aludirán en cada lugar a diversos nombres y fechas. Tales clichés, sin embargo, se excluyen entre sí, pues aspiran a lo absoluto en lo concreto.

maban frente al esquematismo racionalista degeneraría hasta convertirse en deleznable bambalinas para un culto beocio.

Y sin embargo, no otro tenía que ser el resultado del avance de la democracia dentro del Estado nacional. Que aquellos grupos reaccionarios tuvieran a su hora una vivencia de la tierra más intensa que la burguesía urbana y comercial, era muy comprensible, puesto que estaban ligados al agro; o igualmente se explica que esgrimieran los valores de la tradición, acordes con su modo de vida, para luchar contra los que, según el suyo, sostenía la burguesía. Mas cuando, corrido el tiempo y extendida la democracia, llegan a apoderarse del Estado las masas de una capa social inferior, y lo hacen inorgánicamente, desligadas ya de toda articulación clasista, es —a falta de otra— esa misma ideología, aunque reducida a las más burdas simplificaciones, la que le sirve como medio de expresión. Si uno se pregunta —y no puede dejar de preguntárselo con asombro— cómo han ido cayendo en el frenesí nacionalista masas obreras que durante todo un siglo nutrieron los partidos del proletariado bajo organizaciones internacionales, tendrá que aceptar por respuesta un conjunto de circunstancias que equivalga a describir la situación: ante todo, la incongruencia del programa revolucionario, formulado sobre un anacronismo y dogmáticamente aferrado a supuestos ya desaparecidos desde hacía tiempo. Cuando esa incongruencia hace

insostenible la posición de los partidos obreros, y caen corroídos por pertinaces torpezas, el afiliado encuentra a mano, en su desconcierto, tan sólo esa ideología que prevalece en otros sectores de la población próximos a él, y que, ofrecida en fórmulas simples, halaga de todas maneras su castigada personalidad. Al sumir tal ideología, el hombre de la masa le añade increíble virulencia, porque se entrega entero a ella. Toda la energía vital de su entidad fisiológica, toda la frenética afirmación del propio yo que viene de las raíces de cada individualidad, y que en él carece de otros cauces por donde verterse diversificada hacia realizaciones objetivas,² se verterá en himno, en marcha, en ademán, en simbolismo, canalizará multiplicada a través del Estado como voluntad de pode-

² Para el hombre medio de nuestros días, encajado rígidamente —con mecánica rigidez— en su alvéolo social, ocupado en un trabajo que no le consiente iniciativas, pero que tampoco agota sus energías sino que, por el contrario, le garantiza muchas horas de ocio, apenas hay, en efecto, otro desahogo de sus impulsos vitales, fuera de esa actividad política, que la participación —emotiva, como espectador— en las competiciones futbolísticas. Ser “hincha” de un equipo implica desplegar una pasión, una violencia, un fanatismo, que contrasta con la trivialidad e indiferencia de las circunstancias que inicialmente determinaron a cada cual en la elección de su equipo. El hombre de masa pone en sus entusiasmos políticos el mismo irrazonado y frenético ardor que en sus entusiasmos de “hincha”: sólo que con resultados terriblemente peligrosos, pues ya no se reducen a un motín, al linchamiento de un árbitro...

río, y desembocará en la guerra tan pronto como un motivo de fricción con otro Estado surja, o se agudice una colisión de intereses.

Capitalismo y guerra

Se ha oído con frecuencia la acusación, dirigida al capitalismo, de promover y sostener las guerras en beneficio propio, sin perjuicio de acusarle también de inteligencia con el enemigo por encima de las fronteras (intereses "internacionales", capitalismo "sin patria", son denuestos que suelen aplicarle quienes apoyan su política en las masas obreras nacionalistas). Ambas acusaciones se han combinado, incluso, para evidenciar la pérfida maniobra de una turbia potencia oculta que azuza a los pueblos unos contra otros para lucrarse de la manzana. Desde luego, la objetividad técnica del sistema capitalista le consiente explotar los conflictos bélicos entre diferentes pueblos; o se lo consintió mientras todavía no fueron los Estados mismos quienes organizaban de arriba a abajo la economía de guerra para hacer ésta total. Pero si alguna vez pudo el capitalismo promover guerras coloniales que disfrazaban sus iniquidades bajo el nombre de "operaciones de policía" (y éste sí que era su propio y peculiar campo: la expansión sobre ámbitos culturales ajenos al Occidente), las guerras directas entre Estados rivales fueron siempre una conse-

cuencia, no tanto del capitalismo, como del encuadre nacional en que tuvo que desarrollarse, con detrimento de su lógica interna. Esta exigía, en efecto, que el Estado se abstuviera de intervenir en la actividad económica y, con tanto mayor motivo, de perturbarla y dislocarla mediante acciones violentas de tales proporciones. El principio liberal de neutralidad del Estado, base del capitalismo, respondía al hecho de que el alto nivel de vida proporcionado a la gran masa de la población por el colosal despliegue técnico que la moderna economía implica, reposa sobre una organización internacional de las relaciones de producción y consumo. La complejidad e interdependencia creciente de una economía muy tecnificada, que abarca a masas inmensas de hombres con un elevado standard de vida, tiene que ligar en un sistema único y solidario todos los bienes de la tierra: tanto los procesos de producción como los de distribución han de cumplirse, fundamentalmente, en un plano internacional, pues ninguno de los Estados puede, con sus solos recursos naturales, mantener para su población el standard en que, gracias a la cooperación y coordinación de intereses, ha llegado a encontrarse. No otra es la causa de que todos los intentos de autarquía realizados hayan conducido de inmediato a la reducción de dicho standard de vida, debiendo justificarse ante la nación sometida a privaciones mediante promesas de un

mejor futuro, promesas cuya fórmula más elocuente fué la alternativa nazi de "mantequilla" o "cañones".

Sin llegar a ese extremo de la autarquía como deliberada preparación de la guerra, es evidente que la tendencia hacia la regulación de la economía por el Estado —y toda intervención de autoridad pública significa regulación— empuja hacia la guerra inexorablemente. Al modificar según criterios políticos la economía nacional —que es un sector solidario de la economía mundial— crea desequilibrios cuya agudización no tiene otra salida. Pues claro está que semejante actuación será contrapesada por intento paralelo y opuesto de los restantes Estados; y así, sometidas a parcial control por cada uno de ellos, las riquezas que, en conjunto y solidariamente, sostienen el elevado standard de nuestra civilización material, es inevitable que se produzcan tensiones entre los sectores de la humanidad organizados políticamente en Estados diversos, de desequilibrios y tensiones cuyo desenlace ha de ser la guerra, puesto que cada cual tratará de complementar su propia economía a expensas de la ajena, llegando hasta el empleo de la violencia cuando estime hallarse en estado de satisfacer por tal medio sus aspiraciones. En este sentido, parece incontrovertible que el totalitarismo (que, en el terreno económico significa: planificación sobre base nacional, economía sostenida y dirigida por el Estado) conduce a la guerra.

Pero el hecho de que el despliegue técnico de la eco-

nomía, tal como se ha cumplido en el capitalismo, requiera apoyarse en una organización social de alta complejidad, dotada con alguno de los caracteres que presenta el Estado moderno, no implica que esta organización haya de consistir, precisamente en ese Estado nacional, cuya intervención (aunque abusiva, quizás ineludible dadas las circunstancias) entorpece a causa de su estrechez, el lógico desenvolvimiento del sistema capitalista, originando en su seno contradicciones que los desgarran y conflagraciones que amenazan hundir toda su estructura. Es indudable que las formaciones políticas nacionales han sido rebasadas de todas maneras —con incontrovertible claridad, de un siglo a esta parte— por el desarrollo capitalista de las técnicas, hasta el punto de que el empleo que el mismo Estado hizo de esas nuevas técnicas para recluir la vida social en la angostura de sus fronteras tenía el significado de una verdadera aberración, y ha terminado por volverse contra su propia existencia en cuanto instrumento de una nación soberana a través de la última guerra. Después de ella, tales fronteras políticas se han hecho ilusorias: la economía está organizándose en forma unitaria alrededor de cada uno de los gigantescos núcleos de poder mundial que substituye en el mapa mundi a la constelación anterior de Estados soberanos en competencia; y la trama técnica de la vida social se extiende en el ámbito marcado por las correspondientes áreas de poder, pese a los

obstáculos —en el fondo, insignificantes— opuestos por aquel nacionalismo que fué base del Estado durante su postrera fase aberrante, y cuyo residuo, en directa contradicción con los hechos y con las tendencias ostensibles de la historia, toma ahora las más disparatadas formulaciones, gesticulando en el vacío.

La democracia irresponsable

Procuremos señalar, aunque sea con indicación sumarisima, las raíces de ese nacionalismo perturbador que impuso al desarrollo de la economía, por la interferencia del Estado, una desviación funesta (funesta para el sistema capitalista mismo, funesta también y sobre todo para las poblaciones encorsetadas en moldes nacionales que las llevarían a padecer inauditos sufrimientos), y que desembocaría en la tremenda crisis del presente.

Dos factores pueden apuntarse como decisivos al respecto en la evolución que ha conducido hasta la actual sociedad de masas el incremento continuo de la democracia y la disolución de los principios culturales que aglutinaron al Occidente, dotándolo de unidad. Más que de dos factores independientes, se trata en realidad de dos aspectos íntimamente ligados del mismo proceso. Contemplémoslos por un momento.

Cuando se piensa en la cantidad de males que durante mucho tiempo se atribuyeron a la política de gabinete,

a la diplomacia secreta, a la conducta incontrolada de príncipes absolutos, y se compara el espectáculo —quizás no demasiado brillante— del que, bajo tales príncipes, se llamó “concierto europeo” con el desconcierto en que cayó el mundo bajo el régimen democrático, hay materia bastante para muchas y muy amargas reflexiones. Se esperaba que la incorporación de las masas populares a los problemas de gobierno, llevando a la base de la población la conciencia y la responsabilidad del propio destino, pondría freno a la arbitrariedad del poder y anularía el efecto de las tentaciones personalistas, impidiendo las veleidades guerreras nacidas del orgullo, de la vanidad, del amor propio, de la ambición individual o de intereses inconfesables, la plena publicidad y los mecanismos electorales reducirían al mínimo el volumen de esa plaga, si no la eliminaban por completo.

Lejos de ser así, ocurrió todo lo contrario, conforme avanzó el principio democrático, las guerras, no mejor justificadas, se hicieron infinitamente más encarnizadas y crueles, desde las napoleónicas hasta la *Blitzkrieg* y la atómica; la arbitrariedad del poder alcanzó proporciones antes increíbles, y los intereses turbios, en lugar de verse cohibidos, se ostentaron con mayor cinismo y hasta triunfaron a veces con cierta aquiescencia muda por parte del público. Tanto la política interna como las relaciones internacionales fueron desprendiéndose cada

vez más de normas y convenciones; las actuaciones de los gobernantes haciéndose cada vez más imprevisibles, sorpresivas e inseguras; el mundo más caótico. Y ¿quién era ahora el responsable de este caos? Sencilla, atterradoramente: ¡Nadie! Si antes se podía acusar a los príncipes, ahora la responsabilidad tenía que diluirse en la sospecha de sutiles potencias, ocultas y malvadas, de muy difícil identificación, o en el ¡Más eres tú! dirigido al eventual adversario. Había desaparecido la relativa moderación que, en las viejas monarquías y sus gabinetes, estaba garantizada por la estabilidad misma del gobierno, cuyo único riesgo era la imprudencia; por la comunidad de los intereses dinásticos y la solidaridad de familia, por los principios culturales compartidos en una fuerte actitud conservadora. Aun el repudiado método de la negociación secreta, si es cierto que consentía el juego de intrigas y hasta su ejercicio como diversión y peligroso deporte, consentía también el empleo de matices, tanteos y cautelas, retrocesos y compromisos, que la publicidad veda, ya por demasiado sutiles, ya porque, a la luz del día, se hacen de todo punto insufribles las rozaduras del amor propio. Y sobre todo, el hecho de que, llegada la oportunidad, sea un monarca absoluto, asistido de un consejo íntimo, quien adopta la decisión, le da probabilidades de ser más meditada y calculada que las decisiones aprobadas por el voto de una multitud, en la atmósfera pasional de la discusión pública,

multitud cada uno de cuyos miembros siente limitada y mínima la responsabilidad del acto que entre todos realizan. Mientras el príncipe ha de cargar sobre sus hombros hasta el fin con el peso moral de sus decisiones, el votante escurre el hombro, y echa la culpa a los mandatarios, o al partido cuya propaganda lo persuadió, de las desventuras derivadas de su acto soberano; de modo que decisiones de gravedad extrema responden a impulsos del humor, sin un estudio frío y demorado de las circunstancias ni cálculos de las consecuencias.

Todo esto se ha dicho incontables veces por los enemigos de la democracia; son viejos argumentos muy conocidos, contra los que siempre se podrá argüir que el sistema democrático de gobierno es tan sólo una forma racionalista de aristocracia, puesto que los gobernantes resultan de una selección orgánica operada a través de la competencia de capacidades y talentos, y que de hecho nunca es la multitud de los menos dotados quien adopta las decisiones, sino el grupo cualificado que la representa. Y en efecto, durante el siglo pasado, incluso en el presente hasta llegar a 1914, y todavía hoy en las claudicantes supervivencias de Gran Bretaña, se encuentra combinada dentro del sistema democrático la publicidad con un cierto grado de reserva o aun secreto en cuanto a los actos de mayor responsabilidad, sin que el gobernante deje de echar al mismo tiempo una ojeada inquieta al cuerpo electoral. Pero no se trata de con-

traponer dos regímenes, y menos, de hacerlo para deducir la supuesta inferioridad de la democracia frente a la autocracia. Las condiciones de nuestro tiempo, nos han distanciado mucho de tales discusiones doctrinarias de alcance formal, y la historia presenta, para que encuentren ejemplos todos los gustos, autocracias insoportables junto a otras benévolas, paternales y providentes; democracias tiránicas y corruptas junto a otras virtuosas, pacíficas, justicieras... En nuestra época, el avance de la democracia era un fenómeno que tenía necesidad ineluctable, ligado al despliegue del capitalismo, y —por otra parte— tan autónomo respecto de las formas, institucionales que, a través de la organización constitucionista, debía restablecer por su propio movimiento el régimen autocrático con el Estado totalitario que exacerba en una organización de masas la ideología nacionalista, bajo un caudillo popular.

Del internacionalismo al nacionalismo proletario

Para muchos —y hay que decir quienes: intelectuales burgueses adheridos a la causa del proletariado o simpatizando con ella en razón de principios— constituyó un terrible desengaño y una sorpresa al ver precipitarse a las masas populares en el nacionalismo. Lo ha sido, más que nada, porque esta conversión ideológica se producía al desmoronarse unas organizaciones sindicales de

carácter internacional (aunque el engarce federativo supusiera ya un compromiso en cierto sentido), organizaciones que, en todo caso, profesaban al internacionalismo como programa, propugnando la unión del proletariado de todos los países para destruir el poder de la burguesía; esto es: los Estados nacionales, que en cada uno de ellos lo oprimía. Sobre este punto, la clase obrera había planteado su lucha de modo correcto: la base internacional en que la emplazaba coincidía con los fundamentos de nuestra sociedad, es decir, de la civilización occidental, y con el cuadro de la economía capitalista. Romper el marco estrecho de los Estados nacionales y crear una estructura político-social de amplitud adecuada era la primera condición para una extensión civilizadora al resto del mundo llevada a cabo sin desgarramientos internos del Occidente. Pero, al mismo tiempo —ya lo hemos mostrado antes— la ideología adoptada por el proletariado como clase estereotipaba una situación social eminentemente transitoria, que él mismo había contribuido a alterar muy pronto, y que ahora prestaba un falso respaldo a su actuación. Cuando el momento de la prueba hubo llegado —y lo fué, sin duda alguna, agosto de 1914— el proletariado internacional retrocedió ante su tarea histórica. Pese a los aparentes triunfos políticos que le aguardaban tras de la guerra, a partir de ahí ya no actuará más como clase revolucionaria internacional; dividido en dos centrales

políticas, una de ellas se aplicará a promover reformas sociales sobre base nacional que, dentro del capitalismo tardío, acelerarían la *masificación* de la sociedad; mientras que la otra inaugurará bajo el nombre de acción internacional el fenómeno de las "quintas columnas", de los "caballos de Troya", típico de la crisis en su fase álgida y prenuncio de la situación actual en que, a raíz de la segunda Guerra Mundial, los Estados nacionales se han convertido en cascarones vacíos, vinculándose la verdadera lealtad política a alguno de los grandes núcleos de poder que se disputan el reparto del mundo.

¿Por qué llegada la hora de la decisión, retrocedió el proletariado ante su tarea histórica y marchó a la guerra dividido bajo banderas nacionales? ¿Acaso porque, percibiendo el anacronismo de sus propios supuestos doctrinales, o mejor, las consecuencias de ese anacronismo, no tuvo convicción bastante, bastante claridad de conciencia para tomar a su cargo una organización económica delicada, cuya complejidad no cabía en el esquema de su ideología? ¿O acaso porque, no obstante su expreso y confeso internacionalismo, estaba penetrado de invencibles sentimientos nacionalistas? Es muy difícil calcular, ni siquiera por aproximación, los ingredientes que entran a componer un acontecimiento histórico, en el que siempre cuenta también una parte de azar; pero si se piensa que el obrero industrial irrumpe en la vida pública y asciende en la sociedad provisto de

una ideología internacionalista y actuando en sindicatos internacionalmente federados, sí, mas dentro de una estructura política nacional a la que debe todos los demás elementos de su formación cultural sucinta, no parecerá demasiado raro que, por debajo de aquella ideología, se encuentren asentados los datos del nacionalismo, y eso con una simplificación pavorosa.

El burgués del siglo pasado insertaba el amor a la patria en el marco de valores espirituales de alcance universal, y dentro de ese marco podía deleitarse con la rica y jugosa variedad viviente de los paisajes, de las gentes, de los temperamentos, de las actitudes, de las costumbres y de las obras. Si al desvanecerse la fe en aquellos valores universales, los desteñidos sucesores de ese burgués han caído, acá y allá, y acullá, en una angustiada mística de la esencia nacional, cuando no en risibles deliquios folkloristas, ¡cómo podía esperarse que el obrero, cuya ideología, aun cuando rígida, estaba referida a la más inmediata realidad, ligada a las más inmediatas promesas, no aceptara una fe ingenua y torpe en los valores nacionales, substrato de su formación cultural, no bien esa ideología es desmentida por la realidad inmediata y pierde contacto con los hechos! Desacreditadas primero, luego rotas sus agrupaciones sindicales, acude pues a la seducción de una fraseología conocida y sencilla, sin fondo teórico que le exija esfuerzo alguno, y correspondiente a valores que él mismo adornó imagi-

nativamente con los prestigios del poder y de la posición alta cuando los combatía desde su lucha clasista internacional. Ahora, confesándolos con el ardor del neófito, descansa de aquellos riesgos, de aquella tensión opositora, y se reviste con aquel prestigio, al mismo tiempo que se concede fáciles desquites. Pero, con ello, la democracia de masas se ha convertido en totalitarismo. Caen las instituciones del régimen parlamentario liberal y se restablece la autocracia como sistema de gobierno. Esta nueva autocracia no será ya ejercida, sin embargo, por príncipes hereditarios instruídos en normas tradicionales de moderación política y, sobre todo, curados de la avidez de una posición eminente que tienen desde la cuna, sino caudillos populares cuyo origen ilegítimo les impide sentirse nunca saturados de prerrogativas y que, apelando de continuo a la adhesión activa de las masas, acumulan poder con una sed hidrópica.

Ese proceso por el que se precipita el proletariado en las formas políticas de un cesarismo nacionalista —proceso más o menos avanzado según las circunstancias de cada país, pero que debe considerarse como el fenómeno característico de la época— se ha inaugurado en el lapso entre las dos guerras mundiales: todos los esfuerzos que durante ese período se realizaron para erigir una S. de N. que sacara al Occidente del pantano en que lo había dejado la falla del movimiento obrero tenían ya una base demasiado indecisa, como hechas de equívocos y

de compromisos, para vencer a los intereses particulares que el engarce nacional del capitalismo había desarrollado. Este engarce, confirmado el modo más vigoroso en la guerra de 1914-18 (lo que equivale a decir: en una fase técnicamente muy avanzada del despliegue capitalista) implicaba la intervención creciente del Estado en la actividad económica, a partir del "socialismo de guerra" practicado durante la contienda. Los subsiguientes "avances del socialismo", tanto como el corporativismo fascista, no hacían sino adelantar, bajo motivos ideológicos al parecer contradictorios, la organización totalitaria del Estado, que tenía que conducir, como en efecto condujo, a una nueva guerra. La calificación de *total* indica bien el grado de perfeccionamiento técnico con que ha sido hecha.

El conservadurismo en el marasmo de postguerra

Muchas esperanzas puso la gente en el desenlace de la segunda Guerra Mundial. Y en la medida en que sea razonable prometerse de la violencia resultados benéficos, era lícito pedir como fruto de tanto sacrificio algunas mejoras, ya que no morales —pues eso sería pedir demasiado— por lo menos en orden a los dispositivos sociales que regulan y conforman la convivencia humana. Podía presumirse, por ejemplo, que siquiera los obstáculos de tipo estructural que se oponían a una

organización del mundo acorde con la base económica y las condiciones técnicas de nuestra civilización occidental, esos siquiera, serían removidos. El conflicto se había planteado por la demanda de un nuevo orden mundial que Alemania intentaba fundar en su hegemonía, y no era presumible que, derrotada esta pretensión, se reincidiera, como un cuarto de siglo antes, en la restauración del equilibrio de poderes. Pero si es cierto que el sistema de los Estados soberanos ha hecho quiebra y que en lugar de su constelación se dibuja ahora la rivalidad de dos colosales imperios extraeuropeos disputándose el mundo, también lo es que siguen ahí los escombros de la vieja estructura, sin otra función que entorpecer cualquier desarrollo sano y multiplicar las dificultades y sufrimientos de una humanidad torturada.

Causa de que subsistan —y ello, en esa manera negativa— las formas institucionales de un orden político ya desaparecido en substancia, es el hecho de que su quiebra se ha producido por fuerza de necesidades técnicas, no a impulso de una voluntad cargada de sentido histórico y capaz, por lo tanto, de imprimir a los cambios operados una orientación espiritual. En verdad, pocas veces habrá asistido el hombre a cambios tan decisivos para su propio destino con una tal sensación de impotencia y —lo que es mucho peor— con una tan radical falta de ilusión. Ya antes de que la guerra terminase hubo buen cuidado en advertir a los ilusos que ella no

tenía carácter ideológico, es decir, que no se estaba luchando por principios. Y apenas terminada, se vió que, en efecto, había el más decidido y general empeño en apuntalar todos los residuos de un pasado cuya funesta incongruencia la guerra misma había venido a demostrar. Los Daladier, los Blum, lázaros de su fracaso, reaparecieron y volvieron a moverse en la ciénaga política de Francia, como si nada hubiera ocurrido; la Santa Sede, cuyas simpatías fascistas y cuya indiferencia frente al dolor del mundo permitían suponerla muerta, es sostenida en su posición internacional por las democracias anglosajonas de mayoría anticatólica, y dentro de Italia por el partido comunista; en fin, execrándolo como criatura de Hitler y Mussolini, los laboristas ingleses confirman el régimen de Franco, para asombro de él mismo...

Todo esto es demasiado para achacarlo a pura vocación de infamia. Habrá que atribuirlo más bien al marasmo que se produce fatalmente cuando, disuelta la sociedad humana en una masa amorfa, faltan aquellas tensiones internas que articulan las fuerzas sociales en movimientos de orientación espiritual. Sin esta orientación en valores ¿cómo puede haber un verdadero movimiento histórico? A lo sumo, se aglutinarán grupos neutros, vacíos, de todo contenido moral —partidos bizantinos, sólo diferentes en su color distintivo— destinados a canalizar la pugnacidad por vía de derivativo.

En esta situación cabe aferrarse aún a los más extravagantes saldos, por simple horror al vacío.

Pero no es simple horror al vacío lo que hay detrás de esa actitud conservadora, ni los partidos en que se divide hoy la gente expresan una mera rivalidad deportiva, sino la lucha por el poder mundial entre los dos colosos que al salir de la guerra han quedado frente a frente. Para esa lucha, con su perspectiva de nueva guerra, no son desdeñables los remanentes de organización totalitaria que puedan conservarse, puesto que si el totalitarismo desemboca en la guerra, la guerra por su parte—en las condiciones técnicas del presente— requiere una organización totalitaria.

Perspectivas inmediatas

Al decir esto, ¿quiere acaso decirse que la situación presente no tenga otra salida sino el conflicto militar entre los dos grandes conglomerados políticos organizados respectivamente por los Estados Unidos y Rusia? Sólo quien se niegue a toda esperanza en el porvenir de la humanidad podrá admitirlo: ese conflicto, en cuyo curso peligraría la existencia misma del planeta, no dejaría en ningún caso de arruinar hasta la raíz de esta civilización que tan terrible cariz le presta. Aun cuando sea a la desesperada, ha de confiarse, pues, en que las actuales tensiones se disuelvan, y termine por llegarse a

una inteligencia que permita a los hombres convivir en el disfrute de los bienes adquiridos por su ingenio y acumulados a lo largo del multiseccular progreso técnico.

Insensato sería, no obstante, extender a tal punto la confianza en esa posibilidad tranquilizadora como para no temer a las perspectivas de los años próximos. De cualquier modo que las cosas evolucionen, y aun en el supuesto del más feliz futuro, aguarda a nuestro mundo, hasta alcanzar algún soportable reajuste, un interregno miserable, durante el cual fermentarán para hundirnos en la náusea (¡tal vez de su angustia deba surgir al fin la reforma moral capaz de promover ese reajuste!) los residuos todos del viejo orden, que han quedado ahí, abandonados, hediondos, y tanto más abominables cuanto que ya carecen por completo de sentido, de razón histórica. Bajo otros nombres los mismos fenómenos del fascismo que afligieron a Europa en la entreguerra, amenazan ahora extender su delirio y exagerar sus aspectos grotescos, sus aspectos predatorios, sus aspectos sádicos, su oquedad mortal.

Y ello, por causas muy visibles. Hemos comenzado a vivir la etapa de integración de todos los territorios del globo alrededor de los dos núcleos de poder que se disputan su dominio y como esta integración pese a cambiantes slogans no se cumple en nombre de ningún principio que se dirija a la conciencia y convide a una participación moral sino en el nombre inconfesable del

poder desnudo, con expresa renuncia a cualquier convicción ética de universal validez y eficacia, es claro que necesitará progresar bajo cuerda, dejando en pie, libradas a sí mismas y dueñas sin disputa del campo, a las tendencias situacionales que produjeron aquellos fenómenos, al mismo tiempo que se teje la unidad técnica perseguida e indispensable mediante vinculaciones económicas fundamentales que, dado el carácter complejo, abstracto y estafificado que hoy presenta la economía, deberán entablarse a través de las Administraciones públicas, regidas por grupos sociales dispuestos a la inevitable manipulación. A este tipo de gobiernos se les denominó durante la guerra, con el dramatismo a que obligaba la propaganda, "gobiernos-títeres", caracterización no menos exacta desde el punto de vista internacional que la igualmente dramática de "gangsters", aplicada por razón de su tipo social a los gobernantes totalitarios.

Resulta, pues, que el proceso de integración alrededor de los grandes núcleos de poder avanza impulsado por la lógica interna de un desarrollo técnico que hace ya tiempo rebasara los marcos nacionales; pero, desasistido de toda justificación doctrinal, suele apoyarse en los mismos supuestos nacionalistas que en la práctica desmiente. De modo que, mientras se disipa y anula el último resto de autodeterminación para cada uno de los Estados menores, insisten sin cansancio en el tema de la

soberanía los mismos grupos que, desde su gobierno, realizan la inexcusable operación de transvasar el poder decisivo hacia un centro extranacional. ¡No es raro que tales invocaciones tengan el inconfundible sonido de la vaciedad!

Así, las dos grandes potencias mundiales ajustan sus resortes para la eventualidad de un choque bélico moviendo a sus respectivas poblaciones con los consabidos lugares comunes del nacionalismo, los mismos lugares comunes de que se valen los gobernantes de los demás países para cumplir la acomodación a una o la otra de dichas grandes potencias (a cuál, dependerá de circunstancias tan inmovibles como las geográficas, salvo —todavía— en la zona de fricción, convulsivamente disputada mediante una política internacional que utilizan con largueza las “quintas columnas”).

Las “revoluciones” de gangsters

¡Gobierno de gangsters!: pocas veces una frase de intención injuriosa habrá atinado mejor a definir un fenómeno. Aquellas bandas que, a raíz de promulgada la llamada “ley seca”, se constituyeron en los Estados Unidos para explotarla mediante su contravención, y que llegaron a ser lo bastante fuertes para enfrentar el aparato del Estado y tenerlo en jaque, ofrecen en efecto con su organización ilegal el más acabado punto de referen-

cia para aclarar los rasgos de la organización que sostiene la política totalitaria. Autoridad indiscutida de un caudillo al que un halo mítico rodea; fidelidad personal de los secuaces dentro de una estructura jerarquizada con *cliques* rivales; intrigas, pactos y zancadillas entre los segundones; apelación a un sentimentalismo popular de baja ley; alardes plebeyos, vilipendio de las normas y expreso desafío de las convenciones tradicionales; ausencia de todo escrúpulo, y una cínica falta de cualquier convicción, que consiente asumir en cualquier momento cualquier postura la que al momento convenga, son algunos de esos rasgos.

Para que una de tales bandas llegue a apoderarse de un Estado se requiere una situación crítica como la descrita, en ella, un gobierno que responda a estamentos sociales más o menos firmes, ligado a convenciones, representante de intereses económicos constituídos, e informado por un sistema de creencias algo sólido, carecerá desde luego de la flexibilidad indispensable para promover aquellas transformaciones (*revoluciones* gustan de llamarles los totalitarios, aunque sean, como del régimen nazi se dijo, revoluciones del nihilismo) tendientes a salir del *impasse*. Cuando se ha llegado a un punto en que las condiciones técnicas —sobre todo, en el terreno de la economía— exigen romper el marco nacional, bien sea, como ocurrió en Italia, y luego en Alemania, para ensanchar la esfera del poder, bien sea, co-

mo parece característico de la etapa iniciada ahora en todo el mundo, para encuadrarse en una de los dos grandes centrales políticas surgidas de la guerra, encuentran su oportunidad organizaciones del tipo bosquejado, compuestas de hombres nuevos, procedentes en mucha parte de los bajos fondos sociales, no entorpecidos por prejuicios, ni escrúpulos, ni convicciones, no asociados entre sí con vistas a un programa objetivo, sino reunidos por la voluntad inquebrantable de adquirir de cualquier manera el poder público y compartir sus recursos. El éxito portentoso de estos equipos de gobiernos radica precisamente en esa inquebrantable voluntad, a la que ningún bagaje tradicional pone rémora: toda clase de combinaciones, de actitudes, de adaptaciones, de cambios, de maniobras, de compromisos, les resulta factible.

Para arribar al poder buscarán el estribo de algún factor institucional desconcertado por la situación crítica (su acceso es siempre por la vía del golpe de Estado); pero una vez allí se librarán de toda mediatización invocando el apoyo popular, compensando y eliminando con la gravitación de las masas la influencia de los elementos que le abrieron la puerta de la ciudadela. En cuanto a las masas mismas, no dejarán de responder en seguida al llamamiento. Mucho se ha hablado de la demagogia burda con que engañan al inocente pueblo estas autocracias, cuya propaganda mezcla sin sonrojo los más contradictorios motivos. Sería un error de intelectuales

el exagerar la importancia de tal engaño. Por una parte, la mentalidad del demagogo coincide con la de las masas a que se dirige: apela a los sentimientos primarios de la multitud, los tensa en favor suyo; pero él mismo se excita con sus propios gritos, cae en su propia trampa. Y por otra parte, las masas le respaldan, no tanto en virtud del contenido de su propaganda, como al descubrir en su tono gárrulo las inflexiones familiares, testimonio de una afinidad fundamental. En definitiva, lo que une a los demagogos y masas no son posibles razones, sino más bien el ademán, el gesto, la actitud pugnaz, la embriaguez de la comunidad vociferante.

Pero, aun siéndolo igual en el fondo cualquier contenido ideológico, los nuevos poseedores del poder echarán mano con preferencia de los tópicos nacionalistas, mejor o peor aliados a reivindicaciones proletarias cuyos lemas significan un deslizamiento desde la filosofía social del marxismo hasta la manifestación sin ambages del puro resentimiento, compensando así los sentimientos de inferioridad mediante la identificación con los valores y símbolos patrióticos convencionalmente aceptados. Tales tópicos reúnen a las ventajas de una bien asentada ortodoxia, halago de la pereza mental, la de promover la concordancia ideológica entre las masas, antes muy temidas, y los grupos sociales en que el equipo gobernante apoyó su golpe de Estado, grupos tradicionalmente afectos al nacionalismo.

El manejo inescrupuloso de todos esos motivos, reducidos a fórmulas de conveniente ambigüedad, y siempre huecas, verbalistas, permitirá cumplir ahora desde los puestos de mando la *revolución* postulada, consistente en expoliar a los sectores sociales que pudieran representar alguna resistencia conservadora, y en someter toda la actividad económica del país a la ordenación del Estado (lo que de hecho significa: su aprobación por el *gang* que dispone del gobierno sin limitaciones, y que se considera dueño de él a perpetuidad). ¿No está acaso en condiciones de introducir reformas tributarias que le permitan alterar la posición relativa de los diversos sectores de la población, reduciendo o arruinando a unos, vitalizando a otros, al mismo tiempo que con ello ensancha los cuadros de la Administración para alojar a sus cohortes y premiarlas con cargos públicos? ¿No posee la facultad de forzar el crédito y emitir moneda, volatilizándolo ciertos valores a la vez que permite, por otro lado, inauditas especulaciones? ¿No es libre de contratar con otros Estados acerca de sus relaciones económicas? ¿No puede controlar y dirigir, mediante su oficina de cambios, mediante el régimen de contingentes y licencias, el movimiento de importación y exportación? ¿No se ha arrogado el poder de vigilar las industrias, prohibir éstas, limitar aquéllas, subvencionar aquéllas otras, otorgar privilegios, denegar licencias, etc.? ¿No puede crear los monopolios que estime convenientes?

Las reivindicaciones obreras, la política social, serán un buen señuelo para acelerar la fluidificación de la economía, acelerando el proceso inflacionista y llevando cada vez más a la disposición del poder público las claves de la vida económica. Los fines de autarquía que se postulan como condición de la soberanía nacional —¡soberanía económica!— justificarán por su lado las crecientes intervenciones autoritarias destinadas a completar el proceso estatificador.

De esta manera, la compleja textura de la economía nacional pierde toda espontaneidad, toda autonomía, y pasa a quedar coordinada y centralizada por el gobierno, es decir, bajo un puñado de hombres que —estado mayor de un partido, o banda de aventureros asociados para repartirse los beneficios del poder— carecen de raíz social independiente, de posición propia, y extraen toda su fuerza del aparato administrativo que detentan. Es frecuente oír escandalizadas críticas de la voracidad con que los dilatados séquitos de la autocracia utilizan para constituir y acrecer fortunas privadas el instrumento del Estado. Se menciona menos —y es más grave— el hecho de que, sin necesidad de practicar ninguna conversión clandestina que derive los bienes hacia sus bolsillos, y por simple resultado de su política económica, estos titulares del poder público dispongan sin tasa de toda la riqueza nacional; y así, se oye ponderar alguna vez la austeridad de autócratas que, habiendo bo-

rrado los límites entre el bien público y el privado, no procuran ni apetecen peculio, puesto que disponen a su arbitrio del país entero como de cosa propia. No sólo modifican autoritariamente el curso natural de los procesos económicos, sino que suprimen las bases jurídicas consuetudinarias y morales de toda normal economía, arruinando los supuestos psicológicos sobre que la correspondiente actividad descansa. El particular no puede contar en tales condiciones con una base de previsión para sus cálculos, pues el éxito de sus empresas no dependerá ya de su capacidad de organizador y gestor, o de su conocimiento de las condiciones del mercado adquirido en la experiencia de los negocios, sino de factores ajenos a la economía misma. Descorazonada la iniciativa productora, estimulando el espíritu de intriga en substitución del espíritu de empresa, emprendimientos a largo plazo y de gran magnitud serán desplazados por las operaciones rápidas e inconexas en busca de un lucro inmediato, súbito, contando con la convivencia oficial.

Y así, la vida económica se entrelaza de tal modo con la Administración pública, los negocios con las oficinas burocráticas, de tal modo los factores políticos dominan y absorben a los intereses económicos, que, en definitiva, toda la economía queda politizada, y toda la población del Estado se ve forzada a entrar en el mecanismo montado por el grupo gobernante, como en su

tiempo debió engranar la actividad económica de los Estados Unidos con la organización de los gangsters, aunque ahora ya no parcial y transitoriamente, sino con la plenitud de que pueden ilustrar mejor que nada los mercados negros.

Entre tanto, el poder autocrático irá traspasando, bajo una apariencia de celosa soberanía, la clave de las decisiones fundamentales, a través de las redes de la organización técnico-económica, a la potencia mundial a que, por determinación geográfica, deba incorporarse. Preciso es reconocer que tal integración resulta ineludible, y apenas deja opción a los países, dada la polarización de fuerzas surgidas de la guerra. Mas como —según quedó explicado— no se tramita en virtud de libres movimientos de voluntad histórica revestidos de una justificación transcendente, sino por efecto de una ciega forzosidad técnica, al mismo tiempo que ineludible, resulta también inconfesable, y tiene que ser obra de la corrupción, consumada bajo el signo de la mentira. Por eso vemos llenárseles la boca de patriotismo, incansables en los desplantes nacionalistas, a quienes hacen del gobierno granjería, y provecho de la necesidad que obliga a ceder las decisiones últimas a uno de los dos centros rivales de poder mundial, —siendo de notar que, en aquellos Estados cuyo territorio se encuentra todavía en litigio, los partidos comunistas, empeñados en la integración de su país bajo el poder ruso, compiten con los

partidarios de la integración en la órbita norteamericana en cuanto a grotescos alardes de un patriotismo nacionalista.

¿Podrá esperarse en este pantano, que sólo emite burbujas de mentira, de pestilente vaciedad, podrá esperarse salvación que no venga de las profundidades morales del hombre? Asfixiado en la radical verdad de su ser por la nada circundante, no se salvará sin una hondísima, vigorosa revolución moral. Pero, si ella se produce, podrá salvar, con el alma de cada uno, a la civilización en su conjunto, infundiéndole un nuevo sentido espiritual.

EL HOMBRE AL DIA

Cada mañana, al abrir los ojos, el habitante de nuestras actuales ciudades, grandes y pequeñas, en vez de levantarlos al cielo o tenderlos hacia el horizonte, lo primero que hace es dirigir su visita sobre una hoja impresa que, tácitamente, se ha deslizado poco antes bajo su puerta para traerle noticia de los acontecimientos mundiales sobrevenidos durante la víspera. Sale, pues, del sueño y —sin haber tomado contacto con la tierra ni escrutado el firmamento— se zambulle de golpe en lo más vivo de la corriente histórica para, ahí, abandonarse, indefenso y displicente cuando no angustiado, al azar de sus remolinos. No hay hecho de la esfera pública que se substraiga al conocimiento inmediato de este hombre actual que somos cada uno de nosotros; atiborrado de información, las noticias la asedian, acuden a buscarlo desde todas partes, y hasta se le colarían a través de la ventana, propaladas por la radio del vecino, si acaso no quisiera saber de ellas. Raro será, sin embargo, que intente siquiera esquivar el asalto: hecho

como está a la atmósfera publicitaria, ansía respirarla desde muy temprano, ya en la tinta fresca del diario con que se desayuna.

Pero es el caso que, lejos de venir a explicarle el mundo en torno, ese diario lo atrae, lo mete de cabeza en su torbellino, y lo deja al fin perdido en confusión suma. Y ello, no obstante los propósitos más firmes de objetividad o cualesquiera pretensiones orientadoras; pues ¿cómo podría una publicación orientar a sus lectores, sino mediante una *tendencia*, expresa o tácita, principio ordenador que le sirve para encuadrar la masa informe de la realidad contemporánea y, así organizada, hacerla inteligible? Ahora bien, el criterio de selección, graduación, dosificación y distribución aplicado al material informativo que el periódico presenta, criterio que expresa su tendencia, persuade a participar —aunque no más sea, afectivamente— en el juego de los acontecimientos, en vez de limitarse a proporcionar su mero esclarecimiento; ni otra cosa sería posible, tratándose como se trata con ellos, no de algo inmóvil y distante, sino del material de la existencia humana, actual y muy efectiva, donde nuestras vidas particulares se entrelazan.

Con todo, la inevitable tendencia que impone al lector una perspectiva más o menos forzada, jamás logra ordenar hoy día el conjunto de la realidad en movimiento; y el diario, pese a las deformaciones racionalizado-

ras con que devuelve acaso su imagen, no dejará de ser espejo del mundo, ni de dar ocasión por lo tanto a quien se detenga y lo considere por un momento para que, espantado, se pregunte: Pero ¿quién maneja, en suma, la maraña de lo sucedido cada jornada? ¿quién domina el caos de este mundo nuestro?... Pues, innegablemente, rebasando por todas partes la construcción mental del esquema tendencioso que cada cual prefiera, el aspecto de la realidad cotidiana resulta caótico. Y la razón humana refractaria al desorden, sufre vértigo.

Por mucho que sea, en efecto, el azacaneo del hombre actual, prendido a la rueda del suceso diario con olvido de todo principio y fundamento, siempre conserva la propensión a creer, a esperar, que, en la cúspide, alguien hay que dirige o concierta y propulsa el movimiento con que sus propios afanes engranan. El monoteísmo providencialista de sus concepción del universo y las tradiciones monárquicas de su Estado político le impiden aceptar el hecho de hallarse perdido sobre la superficie del planeta, a merced de la ciega naturaleza y, lo que es peor, de las fuerzas —apenas más lúcidas, pero sí mucho más destructoras, misteriosas y temibles— que promueven los fenómenos sociales y empujan al proceso histórico.

Aun caído en el marasmo, el heredero de la civilización cristiana es todavía, a veces, capaz de resignación,

aunque con mayor frecuencia se desespere; nunca, de entregarse a especie alguna de fatalismo, ni de gozar la indiferente despreocupación, no exenta de emociones y hondísimas alegrías, que ésta comporta. Envuelto en el desorden frenético de un mundo cuyo *Deus ex machina* se le ha hecho borroso y remoto, imputará el daño a la maquinación de potencias ocultas varias, según particulares preferencias: las Industrias Armamentistas, el Comunismo internacional, Wall Street y la City, los Judíos, la Oligarquía, la Iglesia Católica, factores todos ellos muy activos, sin duda alguna, en las luchas del presente, mas en ningún caso dotados de aquel poder secreto e incoercible que —ya a uno, ya a otro— se les suele atribuir. Cuando los acontecimientos de la época —multiplicados en su alcance y efectos por un colosal progreso técnico carente, por otra parte, de adecuadas bases morales— hacen irrisoria ya la explicación mediante los supuestos manejos de tales potencias oscuras, y al fin percibe lo que es verdad: que nadie domina el caos de nuestro mundo, que ninguna voluntad racional preside su curso, el observador queda aterrorizado.

Orfandad que tanto aflige, angustia y desmoraliza al Occidente ¿cómo ha llegado a producirse, y cómo hiere tan profundamente a una civilización cuyo prototipo humano está constituido por la individualidad arrogante del varón activo, señorial, emprendedor? Puede sospecharse a primera vista que el exceso mismo de esta acti-

tud, y del éxito conseguido a través de ella, la ha conducido al absurdo para, por fin, aniquilarla. Si nos atenemos por lo pronto al aspecto más externo y visible de tal éxito: el aspecto del portentoso progreso técnico antes aludido, que es fruto evidente de la actitud activista del occidental, se nos mostrará de un solo golpe la maravilla de los logros obtenidos, y el peligro que encierran. Pues ese progreso, como se ha señalado acá y allá, habilita al hombre para toda clase de hazañas, no sólo para aquellas que se consideran productivas y benéficas, sino también, y al mismo tiempo, y en igual medida, para las de tipo destructor. Toda invención técnica, desde el hacha de piedra hasta la desintegración del átomo, proporciona instrumentos, prolonga la mano, pero en modo alguno predetermina la intención con que esa mano se mueve; el perfeccionamiento extensivo de la técnica tiene como resultado potenciar en proporciones incalculables los impulsos humanos, pero por sí misma no los modifica. Y así como consiente acaso vivir con mayor comodidad y durante más tiempo, y disfrutar de recursos antes inaccesibles, también pone al servicio de los impulsos nocivos una inconmesurable eficacia. El individuo cuyas tendencias sádicas nada extraordinarias se hubieran podido satisfacer descargando el impulso agresivo mediante la rotura de un farol o con una patada a un perro, no hay duda de que lo aplicará a destruir una ciudad entera con una carga de bombas si, amparado en la ideología

de la guerra e instalado en un avión, tiene a mano la correspondiente palanca; quien no atreviéndose quizás a afrontar a un incómodo compañero de tranvía, descargaría su mal humor con un enérgico tirón de la campañilla al bajarse, disparará, alegre, su ametralladora si la situación se lo facilita. Igual es el impulso, y tal vez la satisfacción no sea mayor. Pero los actuales medios técnicos resultan eficaces a tal punto que, accionados por estímulos psicológicos casi inocuos antes, comprometen ahora la subsistencia de todo el orden social, sacudiéndolo de arriba a abajo —y lo que tal vez sea más penoso— teniéndolo bajo su continua amenaza. Pues, de hecho, las condiciones del presente ofrecen abundantes oportunidades para que los pequeños placeres de la violencia y la crueldad se revistan con la severa justificación del deber y adquieran bajo ella gigantescos efectos.

Ocurre que la organización de las relaciones sociales desde puntos de vista políticos dentro del mecanismo del Estado y para sus fines se ha intensificado en forma que podría decirse paralela al crecimiento de la técnica a no ser porque se entrecruza con ella y de ella depende. También la organización estatal es, en definitiva, un aspecto de la Técnica: —técnica aplicada a la dominación del hombre por el hombre— y como es notorio, se sirve ampliamente de la otra, de la técnica material, o técnica de utensilios, de ingenios. Aun el más modesto y pacífico de los Estados equipa hoy a sus fuerzas armadas,

ejército y policía, con ametralladoras, carros de asalto, aviones, etcétera; y aquellas espadas y sables que todavía hemos visto funcionar en nuestra juventud —el fusil se guardaba para las grandes emergencias— nos parecen ahora pinchos grotescos, tan primitivos como el garrote del cavernícola. Así, al mismo tiempo que se perfeccionaban los medios destructores y homicidas, el despliegue organizatorio del Estado los multiplicaba y difundía con enorme prodigalidad. La fuerza armada para uso externo y para uso interno (distinción ésta que, por su parte, se ha hecho ya un tanto arcaica) aumenta sus contingentes a tal punto que, llegado el caso, abarca a la casi totalidad de la población, incluyendo ambos sexos y una amplísima escala de edades. Con esto, los pequeños impulsos agresivos que en la vida diaria desembocan en un portazo, en una contestación destemplada, en los cien mil incidentes mínimos de cada jornada (para que se llegue a la riña hace falta una formidable carga psíquica de agresividad), o bien se aplican a fines estimados útiles, como la corrección de educandos, la ordenación del trabajo, el ejercicio de ciertas profesiones que exigen violencia, etc., pueden, en un instante, conducir a través del aparato del Estado a una tremenda catástrofe. Bajo la amenaza de tal posibilidad, que a ratos se torna inminente, vivimos todos.

Por eso, la falta de una dirección racional que gobierne las decisiones históricas se hace sentir angustiosa-

mente. Quisiéramos contar con la salvaguardia prudentísima de una Providencia suprema, cuando, por obra de la paulatina democratización del gobierno, se han suprimido hasta los vestigios de aquella relativa seguridad ofrecida por los viejos regímenes monárquicos de tipo patriarcal.

Esa democratización había sido postulada y propulsada con entusiasmo en nombre de una mayor racionalidad en el gobierno del mundo; ganó la partida: el mundo se ha democratizado, substancial, si no siempre formalmente; pero ha sido en detrimento de aquella invocada y deseada racionalidad que, transportando las decisiones soberanas al individuo, debía eliminar los conflictos violentos entre grupos sociales intra-estatales o inter-nacionales. Se esperaba, en efecto, que el gobierno del pueblo, es decir, de la mayoría de la población, trajera un distendimiento político, una pacificación general, la moderación del ritmo histórico y, con ello, holgura para un desarrollo cultural dentro de las altas condiciones técnicas de vida que ya se habían alcanzado y que prometían manumitir pronto a la humanidad esclava del trabajo. Estas eran las expectativas de la democracia social; estos, sus postulados morales. Se daba por supuesto que las antiguas minorías dominantes, compitiendo desde las respectivas posiciones nacionales, eran quienes sostenían, por propio interés, las tensiones violentas, origen de choques armados cuyas víctimas perte-

nererían a aquella multitud inocente desinteresada del fondo del conflicto. Por eso, una de las demandas principales en la lucha, dilatada y compleja, a favor de la democratización fué que se suprimiera la diplomacia secreta y quedara la declaración de guerra supeditada al acuerdo parlamentario.

Acerca de la eficacia de esta garantía, que había llegado a adquirir vigencia jurídica, dice bastante la experiencia del pasado decenio. En cuanto a la supresión de la diplomacia secreta, ha eliminado sin duda, en gran parte, los riesgos de la vanidad, la estupidez o la torpeza de los príncipes gobernantes —esto es, las fallas a que siempre se encuentra sometida la razón humana— en la dirección de la política internacional; pero al precio de eliminar de su campo la razón misma que pudiera dirigirla; de eliminar toda dirección racional del mundo, y dejarlo abandonado al puro azar. Las negociaciones conducidas a la luz cruda de los focos, bajo el objetivo de los noticiarios cinematográficos, junto al teléfono y la radio, tal cual son ya de práctica, no sólo tenían que hacerse toscas y brutales, no sólo debían verse privadas de agilidad, de flexibilidad, de sutileza, de todos los matices que hacen posible procurar y hallar un entendimiento, sino incluso de toda línea coherente. Cada acto, aun la más insignificante palabra, bate directamente sobre la opinión pública, y está expuesto a su contragolpe. La mínima propuesta o demanda adquiere el aire de

ultimatum; y la presunción de "juego limpio", condición previa del trato diplomático, parece haber pasado por completo a la historia. Si en el equilibrio de poderes de las viejas monarquías nacionales el gobierno del mundo estaba fundado sobre el acuerdo de los príncipes —los desacuerdos comportaban crisis bélicas—, hoy suprimida la diplomacia secreta, todas las relaciones internacionales son pura crisis, guerra, aunque sólo sea "guerra de nervios" o "guerra fría"; pues ningún acuerdo puede haber cuando no hay voluntades libres, racionales, capaces de concertarlo y sostenerlo.

Que los negociadores actuales no lo son, ni podrían serlo en las condiciones que prevalecen, es cosa obvia: mandatarios de un sistema totalitario que los juega como piezas de ajedrez, sin empacho en sacrificarlos siempre que así convenga a su juego de mala fe, o mandatarios de una democracia inconsistente que, a su vez, también puede dejarlos colgados a mitad de la negociación y quizás por causas en todo ajenas a ella, el hecho es que carecen, unos y otros, de autoridad y no pueden ofrecer la seguridad que a ellos mismos les falta. Nadie domina la situación, ni siquiera en la medida en que podrían dominarla los reyes absolutos ligados entre sí como estaban por las tradiciones dinásticas y los intereses comunes, o aún las pequeñas castas dueñas del poder en una democracia burguesa, dotadas de estabilidad y de continuidad en su posición de gobierno, y sustraídas a

las fluctuaciones propias de una democracia de masas. Estas, las masas, son quienes, en definitiva, poseen la última palabra en la dirección de nuestro mundo; a ellas compete el ejercicio del mando en la sociedad actual. Una facultad irrisoria, porque es del todo ajena a su capacidad y contradice la peculiaridad de su condición.

Así, pues, la democracia se ha impuesto en toda la línea: han sido abolidas las instituciones tradicionales y derrocadas las viejas autoridades; se han enseñado las primeras letras —hasta por prescripción compulsiva del Estado— a las grandes multitudes; y, al mismo tiempo que se hacía penetrar la acción de las administraciones públicas hasta los recovecos últimos y los más íntimos senos de la vida social, las nuevas masas, sumariamente alfabetizadas, adquirirían acceso a los bienes de la cultura —una cultura, eso sí, muy abaratada, producida en serie— y se incorporaban de diversos modos a la actividad política. La estatificación plena de la vida social —desde la economía hasta los recreos, desde la vivienda y el vestido hasta la educación moral de las generaciones jóvenes— implica también que la población entera del Estado ha de politizarse. Solicitada de continuo por los grupos organizados que se disputan las ventajas del poder y que para conseguirlo invocan su apoyo a cualquier precio, no sólo facilitarán el prevalecimiento de lo fútil, de lo torpe, de todo aquello cuya baja misma le promete multitud de sufragios, sino que prestará base

a las más detestables formas de dominación, sirviendo de peana a dictaduras donde el poder se ejerce con mayor impudicia que en las pretéritas monarquías, en compensación de la servidumbre a que lo obliga la necesidad de mantener siempre activas, tensas y participantes a las masas sobre que se ejerce.

Desde cierto punto de vista, la diferencia entre aquellos regímenes políticos que conservan la estructura democrática liberal y siguen funcionando según sus dispositivos electorales, y aquellos otros que han adoptado una estructura dictatorial, sin ser insignificante en orden a la posible libertad del individuo (pues los primeros la protegen en alguna medida con sus instituciones contra las tendencias sociales opresivas, mientras que los segundos son ellos mismos expresión e instrumento de tendencias tales), apenas constituye una diferencia de grado la atmósfera pública es, en el fondo, igualmente perversa, e igualmente desoladoras las perspectivas para la persona humana. Acaso, vista la inseguridad en que el ciudadano de las democracias vive, pendiente siempre de las sentencias del sufragio —ese oráculo irracional manejado por sospechosos y oscuros muñidores—, se piense que: la entrega entusiasta, clamorosa, a la dirección de algún monarca plebeyo sea un movimiento de las masas para librarse, a la desesperada, del desamparo que el hombre actual sufre en una democracia sin dioses; y que, en efecto, mediante el expediente de esa

entrega, suprimen su insoportable sensación de abandono. La sensación, es probable que desaparezca entre las exaltaciones propias de semejantes sistemas: abdicar en la voluntad de un jefe, al que se supone providente y omnipotente, claro está que, por lo pronto, alivia la angustia de quien, llamado a decidir de su destino histórico con cada uno de sus actos, sabe sin embargo que este destino pende, no tanto de decisiones individuales, como de los ciegos impulsos de la multitud en que él se anega, y hasta de azarosas combinaciones de factores imprevisibles. Y no hay duda de que, por ejemplo, millones de alemanes se han debido de sentir seguros cuando Göering les prometía que sus ciudades estaban a salvo de bombardeos. Las ruinas de esas ciudades proclaman ahora el valor de tales seguridades. Como el resultado de cualquier otra embriaguez, no son sino una manera de autoengaño, una especie de suicidio por escapar a la amenaza de muerte.

Importa, pues, retener esto: que, dentro de organizaciones institucionales diferentes, y aun contrapuestas por su sentido inspirador, el gobierno de los Estados políticos se ha democratizado fundamentalmente —lo cual, insisto, vale también para los regímenes cesaristas cuyos conductores no sólo están esclavizados por su necesidad de mantener activas, a las masas, sino ellos mismos, exponentes condignos de aquella plebe que, con sus empujones y tirones, lleva a nuestro mundo por caminos ni

calculados, ni previstos, ni deseados. Bien puede afirmarse que en nuestro tiempo el mínimo ciudadano participa de manera actual, plenaria, con la totalidad de su ser, en el decurso histórico, hasta el extremo de resultar ya inconcebible a partir de aquí un nuevo incremento de la democracia. Nadie puede abstraerse hoy a la atmósfera de la vida pública, en la que nos encontramos inmersos, que de todas maneras nos solicita, nos requiere, nos apremia, y de la que estamos por completo impregnados.

Y sin embargo, esa vida pública en que tan de lleno participa el hombre contemporáneo es para él, por extraña manera, algo distante, sutilmente falso, mendaz, de irreal calidad; algo que siempre se le escapa de entre las manos, que no llega a tocar nunca, que jamás se le hace tangible, carnal, vivo; un engaño diabólico, en fin. Habitados a la lectura de nuestro periódico matutino —para volver al punto de partida—, ya ni siquiera nos damos cuenta del asombroso modo de relación con el mundo que esa trivial costumbre implica. Pero si hacemos el esfuerzo —en verdad, descomunal— de pararnos a reflexionar sobre la forma de nuestra propia existencia y, sintiendo el ahogo de su casi insufrible sequedad, nos extrañamos de ello por un instante, advertiremos en qué gran medida la frecuentación de la prensa diaria y demás técnicas informativas determina el carácter intensamente activo al mismo tiempo que vacío,

fantasmagórico, que distingue el vivir del hombre actual. Leerá las mismas noticias que miles y millones de otros individuos, sometidas al mismo adobo y simultáneamente servidas; y si, porque en un momento dado le asalte desde el fondo del corazón una fatiga o le suba el hastío hasta la boca, quiere acaso substraerse a ellas, ensimismarse, la radio del vecino forzará sus oídos. Pero este su vecino será para él un desconocido, pared por medio, a quien no podrá comunicar sus impresiones ni ¡mucho menos! confiar sus cuitas: en la democracia de masas de una civilización urbana el contacto de hombre a hombre (¡cuán lejos quedan los conflictos vivos, pasiones y alegrías de la rústica democracia cantonal, o aun de las pequeñas democracias antiguas!) se reduce a meras relaciones instrumentales regidas por módulos abstractos; y en lugar de la voz de tu prójimo que se dirige a tí para persuadirte, contradecirte o increparte, oirás tan sólo, a través de un megáfono, la voz de un monstruo que atruena a las multitudes amenazadoramente... La hoja impresa que por las mañanas lee el habitante de nuestras ciudades grandes y medianas no es sino el turbio, confuso, amargo espejo en que se contempla su alma cuando, descansada ya de sí misma, vuelve a cargar para una jornada nueva con el fardo de la conciencia histórica. Mediante él —quiere decirse: a través de un conocimiento impersonal, insípido, escueto, descarnado y remotísimo de los acontecimientos diarios

—penetra en la corriente de la historia y participa en una actividad pública que nos absorbe a todos y nos arrastra en sus torbellinos, sí, pero que, no obstante, es tan lejana a nuestra concreta individualidad que, en vez de enriquecerla por la participación, la exonera con esa participación de todo contenido propio, hasta convertirla en el soporte del más desamparado vacío. ¿Quién desencadena las avenidas del incesante acontecer, los irresistibles vórtices del torrente histórico, el caos de este mundo? ¡Nadie! ¡Nadie, sino tú! ¡Tú, que no eres nadie!... Pues el individuo así homologado a la masa, y tan poderoso como pudiera serlo una hoja caída en la corriente, es el sujeto de quien depende —quiera sea en millonésima parte— un gobierno del mundo cuyo peso le agobia, cuya dramaticidad lo azora, a cuyas obligaciones se subtrae y cuya responsabilidad elude; un gobierno del mundo en el que sólo puede poner y pone sus impulsos elementales, canalizados y potenciados en medida formidable.

Apenas hará falta indicar el hecho obvio de que una canalización de tan penosos efectos se cumple a través de los dispositivos técnico-políticos heredados por nosotros de las generaciones pasadas. Mientras subsistan Estados en competencia de poder sobre la plataforma de una civilización común y capaces de poner en juego a favor de sus particulares ambiciones recursos técnicos que, por pertenecer a la comunidad de civilización, no

puede substraer ni ocultar ni monopolizar a la larga ninguno de ellos, estaremos expuestos los pobladores todos del planeta —desentendámonos bajo cualquier especie de ilusión, o mantengamos despierta nuestra conciencia; y, en el fondo, ¿quién no lo sabe?— a la amenaza de que la técnica incalculable que hoy tenemos en nuestras manos los occidentales sea aplicada en un instante a la satisfacción catastrófica de impulsos agresivos, en lugar de dar a éstos empleo utilitario en, pongo por caso, la “lucha contra la langosta”, la “guerra contra el pauperismo”, o divertirlos siquiera en inofensivos torneos de ajedrez.

A pesar de ello, no debemos ocultarnos que el mal se halla en el hombre mismo, y que ahí debe también buscarse su remedio. Sería demasiado fácil y cómodo echar la culpa al aparato de poder técnico—político que en cuanto tal es inerte, omitiendo el hecho de que, si bien impone a los individuos condiciones que obran negativamente sobre su desarrollo espiritual y cuyo resultado no puede ser otro sino deprimirlos, achatarlos, anularlos, son éstos los individuos mismos, quienes sostienen la perturbadora organización, sometándose a sus tendencias, cuando podrían y deberían procurar una afirmación incondicional de los valores del espíritu de donde resultara una adecuada organización de la convivencia humana para substituir a la que ahora existe en grupos políticos hostiles por principio. ¿Acaso será necesario que se lle-

gue a ella por la vía tremenda de su recíproca destrucción, a trueque de riesgos y daños superiores a cuanto pueda imaginarse? ¿Acaso, según el método de la solución catastrófica, sólo el exceso del mal aportará, en su colmo, el principio de su rectificación?

LIBERTAD Y TECNOLOGIA

Progreso técnico y progreso moral

Uno de los más transitados lugares comunes de nuestro tiempo consiste en la afirmación de que los progresos técnicos —asombrosos, en verdad— conseguidos durante los últimos decenios, han tomado la delantera al proceso de perfeccionamiento espiritual de la humanidad, dando lugar al desequilibrio que actualmente existe entre la cultura material y la cultura moral, desequilibrio al que le serían imputables las distorsiones dolorosas del mundo que vivimos. Sólo así se explicaría el hecho atroz de que los frutos más estupendos del ingenio humano se vuelvan con tanta frecuencia en contra del bienestar de los hombres, el hecho de que los inventos poderosísimos mediante los cuales se multiplica en proporciones fantásticas la eficacia de cualquier acción sean aplicados con tan impávida frialdad a empresas destructivas, a la obra del mal.

¿Es correcta semejante interpretación de...



INVESTIGACIONES
SOCIALES

lidad histórica? ¿Está bien fundada la esperanza que bajo ella se oculta de que, pasada la transitoria etapa cuyas víctimas somos, alcance la humanidad un grado de desarrollo moral parejo a sus adelantos técnicos, y de que, por consiguiente, éstos sean aplicados, en fin, con invariable y seguro tino, a objetivos plausibles, nobles y benéficos? O, dicho en otras palabras, ¿es cierto que la historia constituye —en su conjunto, y pese a cualesquiera retrocesos parciales o a perturbadores desniveles— un proceso único de elevación progresiva en todos los aspectos de la vida humana? Pues no otra cosa que esta convicción progresista alimenta aquella esperanza de perfeccionamiento moral ajustado y proporcionado al ritmo de los modernos adelantos técnicos.

Que en este terreno, en el campo particular de la técnica, existe una grandiosa línea de avance —interrumpida a veces, sí, y aun con ocasionales retrocesos, pero en suma realizando un solo proceso progresivo que va desde el hacha de sílex hasta la desintegración del átomo—, es un hecho que no parece cuestionable. La técnica se apoya en un saber de tipo práctico: ese tipo de saber que permite un manejo adecuado de las fuerzas naturales. Sólo manipulándola según sus propias leyes objetivas puede alcanzarse un dominio de la naturaleza; y el correspondiente conocimiento —un conocimiento de índole funcional, no de índole esencial, cual es el que propor-

ciona la ciencia—, así como el conjunto de dispositivos o instrumentos que en él se basan, son impersonales y presentan un carácter acumulativo. Cada nueva invención presupone inexcusablemente la serie completa de todas las invenciones precedentes en un escalonamiento inalterable, que hace absurda cualquier inversión, e inutiliza el descubrimiento casual cuando todavía no existe el plano técnico previo sobre el cual podrían erigirse sus implícitas derivaciones. Es, pues, comparable a la técnica de un edificio, cada una de cuyas partes superiores descansa sobre el fundamento ofrecido por todas las que están debajo. Por lo que a la técnica se refiere, resulta así innegable el progreso de la humanidad desde la Prehistoria hasta el presente. Y los espectaculares adelantos de nuestro tiempo, en ese progreso han adquirido una velocidad vertiginosa, hacen de todo punto innecesaria, por lo evidentes, cualquier mayor argumentación.

En cambio, sería ligereza dar por probado sin más un progreso moral paralelo, que de modo alguno va implícito en el desarrollo técnico. El mundo moral tiene sus propias leyes, independientes de las que rigen a la naturaleza, y apenas está condicionado por éstas, a través de los cambios externos de las formas de vida. Si las variaciones históricas alteran los contenidos concretos de la norma moral, la decisión frente a ella, la elección entre el bien y el mal, es y será siempre cuestión del in-

dividuo, y no una cuestión particular cualquiera, sino una cuestión cuya radicalidad reduce a proporciones nimias la importancia del progreso técnico y anula —o mejor, insume, absorbe— el sentido pleno de la historia universal. Difícil sería sostener en términos de rigor que haya un progreso moral de la humanidad; pues el problema de la moral se plantea de raíz siempre de nuevo para cada hombre y en cada instante de su vida, como el problema que es de su libertad y destino.

Siendo así, no hay fuera de la conciencia del hombre, obligado por esencial condición a ordenar su conducta según criterios morales, una posibilidad general de progreso, ni nadie que no esté cegado por el prejuicio de la ideología progresista, nadie que contemple de cara los hechos, sostendrá que a lo largo de la historia pueda advertirse especie alguna de proceso congruente y continuo de mejoramiento moral comparable a la línea de incremento incesante de las capacidades técnicas que nos confieren un creciente dominio sobre la naturaleza. La vista del uso que suele hacerse de las nuevas y tan poderosas máquinas sugeriría más bien un retroceso de la moralidad general, conforme aumentan nuestras capacidades técnicas. Pero también esto —apresurémonos a declararlo— sería a su vez una ilusión. Desde el ángulo de la estricta ética, como también psicológicamente, es más abominable quien se complace en asustar a un niño para gozar de su terror que el soldado de aviación encargado

de lanzar cuando se lo ordenen, accionando el correspondiente resorte una carga de bombas, o el jefe de estado mayor que ha combinado esa operación dentro de un plan conjunto. Las consecuencias, sin embargo, son de un alcance cuya comparación resultaría irrisoria: por un lado, un niño que ha debido pasar instantes de angustia; por el otro, cientos o acaso miles de criaturas muertas, mutiladas, desalojadas, reducidas a la desesperación.

A menos que hiciéramos depender el juicio moral de los meros resultados de la acción —lo que sería insensato— tendremos que aceptar la idea de que el aumento de daños y sufrimientos que la nueva técnica ha traído consigo no depende de un retroceso moral, ni tampoco de un desnivel ocasionado en el rezago de la cultura moral respecto de la cultura material, y que, por consiguiente, no podrá esperarse de un supuesto progreso futuro de la moralidad general la eliminación, o la atenuación al menos, de esos males.

El hombre está colocado en cada situación de su vida, a cada paso, frente a una opción ética, y libremente ha de resolverse por el bien o por el mal. Lo que hace la nueva técnica mediante la que el hombre moderno actúa es agigantar las consecuencias prácticas de su decisión, buena o mala. Claro está que un criminal armado de una ametralladora resulta más peligroso, más terrible, más nocivo que si estuviera armado de una estaca, pero no

por eso es más criminal que si ultimara a sus víctimas a garrotazos.

La máquina contra el hombre

¿Quiere decirse con esto que el problema no tenga remedio? ¿que debemos apechugar con las consecuencias funestas del progreso técnico a cambio de las ventajas, no menos tangibles, que nos proporciona, o bien renunciar a éstas por vernos libres de aquéllas, desahaciendo las máquinas portentosas que el ingenio humano ha producido?

No es la primera vez en el curso de la historia reciente que el progreso técnico plantea tal cuestión. Conocida es, por ejemplo, y bien conocida, la reacción contra las máquinas que, a principios de la era industrial, sumieron a tanta gente en condiciones de espantosa miseria. Como entonces, tampoco ahora sería solución la de destruirlas, haciendo retroceder la línea del progreso a estadios anteriores. Ni siquiera resultaría factible: el progreso técnico obedece a leyes objetivas, y apenas podría operar la voluntad humana saliéndose de ellas. Pero si consideramos que en semejante coyuntura se manifestó —como ahora, aunque en otras proporciones y con caracteres distintos— una amenaza contra el hombre surgida de los progresos conseguidos por él en su empeño de encadenar para propio beneficio las fuerzas de la na-

turaleza y así dominarla; y si consideramos que dicha amenaza fué conjurada entonces sin renunciar a los descubrimientos técnicos perturbadores, obtendremos una razonable esperanza de escapar a aquel dilema, conservando las ventajas de la técnica actual y eliminando sus peores consecuencias.

Para llegar a este resultado será preciso que investiguemos con algún detalle las causas inmediatas de los males ligados, por su magnitud abrumadora, a los inmensos recursos y colosal eficacia aportados por el progreso técnico. Ya hemos excluído la disparidad entre ésta y la cultura moral como razón del desajuste: sería pueril querer atribuir a un progreso de la moralidad la solución, siempre relativa, del problema suscitado en el siglo XIX por el industrialismo incipiente; si llegaron a ser más soportables y dignas las condiciones de vida del proletariado, no fué porque la gente se hiciera mejor, ni habían sido tampoco unos seres particularmente perversos los empresarios ingleses de las primeras hilanderías mecánicas. Es en otro terreno, según veremos, donde reside el *quid* de la cuestión.

Las amenazas de la moderna tecnología

Es indudable que los recursos técnicos de multiplicada eficiencia puestos al alcance de tendencias antisociales —el criminal armado de ametralladora— aumentan

en igual proporción su peligrosidad. También lo es que, en manos, incluso, de quienes deben usarlos para el cumplimiento de una función social, pueden resultar ocasionalmente dañosos por efecto de tensiones psíquicas desgobernadas. Pero las grandes amenazas que pesan sobre la conciencia del hombre contemporáneo, abrumándolo y llenándolo de angustia, no provienen, ni del delincuente que al asaltar un banco puede barrer a una desprevenida multitud con las ráfagas de su ametralladora, ni tampoco del policía nervioso o sádico que se entrega a análogos excesos. Las grandes amenazas que se ciernen sobre nuestras cabezas y que dimanar del progreso técnico son aquéllas que comprometen la seguridad colectiva y la libertad individual; son la guerra y la esclavitud personal.

Quizás se pregunte: Pero con eso ¿estamos acaso frente a males nuevos? ¿Pueden, entonces, achacarse a la técnica moderna? Sólo quien desconozca hasta qué punto están ligadas la guerra y la técnica, y en qué medida depende, por otra parte, el control político-social de la técnica material, hará argumento de tales preguntas. Mas, antes de seguir adelante, pongamos de relieve algunos hechos, que son del dominio común, pero cuya importancia debe destacarse en conexión con nuestro tema.

1o. El progreso técnico ha convertido definitivamente los conflictos militares entre los Estados en "guerra to-

tal". La situación de guerra afecta inmediatamente a la totalidad de la población, en el doble aspecto de que la totalidad de la población participa en el esfuerzo bélico, y de que la totalidad de la población está expuesta por igual a los riesgos de la guerra. Por último, la bomba atómica, con su posibilidad real y sus proyecciones míticas de destrucción del mundo, cierra el cuadro de terror en que las nuevas capacidades técnicas nos tienen encerrados.

2o. La perspectiva de la guerra mantiene y acrece el control social del Estado sobre la población, llevándolo a aplicar sobre ella un exceso de medios técnicos cuya eficacia intrínseca suprime por sí sola, prácticamente, toda libertad político-social del individuo. El particular es hoy, de hecho, un esclavo del poder público; un esclavo, pudiera decirse, de la máquina del Estado.

Para quienes han vivido antes de 1914 y, recordando las condiciones que prevalecían entonces, establezcan de pronto la comparación con las del presente, tienen que adquirir un cariz espantoso todos esos rasgos que, más o menos acusados, son comunes a cualquier Estado actual:

a) El particular, sea súbdito del Estado o extranjero, no puede entrar ni salir de sus fronteras sin autorización expresa del poder público. Esa autorización, que muchas veces le es negada, y que resulta condicionada siempre, depende con frecuencia del arbitrio de funcionarios in-

feriores, y que exige en cualquier caso una larga, costosa y penosa tramitación.

b) El particular no puede disponer de sus bienes fuera de la frontera del Estado, y dentro de ella, sólo con infinitas limitaciones que hacen precaria y, en ocasiones, irrisoria esa disposición.

c) El particular tiene que someterse a registros numerosos y técnicamente ineludibles, de tal modo que todos sus movimientos son controlados constantemente y pueden ser interferidos en cualquier momento por el Estado.

d) El particular depende económicamente del Estado, que controla todas sus actividades lucrativas, que tiene poder y medios tan abundantes como fáciles para enriquecerlo o arruinarlo a su arbitrio, y que, en fin, está facultado hasta para concederle o negarle el permiso de trabajar y ganarse la vida.

Quedan apuntados tan sólo algunos de los rasgos más comunes, y ya tenidos por obvios, de la actual relación entre el particular y el Estado, omitiéndose aquellos otros que pudieran parecer como casos exagerados, o como resultado de tendencias políticas intencionalmente dirigidas contra la libertad individual. Puede calcularse —y, por desgracia, muchos ejemplos prácticos lo ilustran— la tremenda eficacia que estos normales medios de control social proporcionan a los regímenes de ideología antiliberal, a los grupos de índole violenta cuando lle-

gan a detentar el poder político. Sin esto, y por su sola virtud, la técnica actual de la administración pública hace del hombre contemporáneo un esclavo del Estado —un esclavo sin ninguna esperanza de manumisión o fuga, y hasta conformado a su situación lamentable. Pues ¿a quién le produce escándalo, a quien subleva hoy la vejación continua y proteica a que la maquinaria de un Estado omnipotente y omnipresente somete a la población? Tan natural parece ya que sería necesario describir la vida cotidiana del hombre medio en cualquier país subrayando las irrupciones del poder público para que muchos se dieran cuenta de todo lo intolerable que a diario toleran.

Pero bastará para nuestros fines con señalar ciertos efectos del progreso técnico, a los que corresponderá la calificación de malos si es que los valores de libertad y dignidad del hombre representan algo positivo.

Efectos contradictorios del progreso técnico

La suma de los dispositivos, máquinas, ingenios diversos y, en fin, inventos de todas clases que componen la moderna tecnología han elevado al infinito los recursos de control social en manos del poder público, frente al cual el particular se encuentra inerme. A los perfectísimos sistemas de identificación y vigilancia, los grandes medios de comunicación cuyo monopolio tiene el Estado,

y la fuerza organizada con un armamento incontrastable ante el que sería ridículo el más ligero conato de resistencia, se agrega el manejo de todo el aparato económico, complejo y flexible, dentro de cuyos engranajes se desenvuelve la actividad del particular, y, todavía, el dominio eminente de cuantos elementos técnicos permiten desenvolver la propaganda y ejercer así la sugestión psicológica sobre las multitudes, apoderándose en fin de sus mentes, dirigiendo sus voluntades, captando su conciencia.

En principio, nada censurable, sino muy plausible, hay en el hecho de que todos esos recursos se encuentren a disposición, no de grupos sociales que pudieran abusar de ellos en ventaja propia, sino de una administración pública, impersonal y apta para aplicarlos al servicio de la comunidad entera. En principio, los medios de una policía irresistible tendrían que habernos aportado el bien de la definitiva pacificación interna con un orden jurídico perfectamente garantizado; la economía organizada y controlada, el de una justa, solidaria coordinación de sus factores; y el dominio eminente por parte del Estado de las técnicas de difusión y propaganda en masa, el de un fomento y extensión de la cultura, al abrir oportunidades diversas de educación, de ensayo y tanteo, de desarrollo libre, competitivo y sin trabas, ante el público, a las minorías creadoras y conservadoras de valores.

Pero no ocurre así en la realidad práctica. La realidad

práctica nos muestra que los medios de vigilancia y compulsión del Estado se emplean para luchar contra los adversarios del gobierno, inmovilizarlos y aniquilarlos, de modo que las variables constelaciones de poder en la política interna de cada país determinan quién ha de ser considerado a cada momento como el enemigo público al que debe aplastarse; la realidad práctica nos muestra que la dirección gubernamental de la economía se encamina a favorecer a unos sectores de la población en detrimento de otros, a unas actividades en detrimento de otras, y que cuando esta política económica obedece —lo que no siempre ocurre— a una inspiración objetiva que se pretende intachable, ella consiste en administrar la nación como un colosal negocio en competencia despiadada con la gerencia de otras naciones rivales; la realidad práctica nos muestra que las técnicas de difusión en masa dominadas por el Estado se dedican a ejercer una propaganda gubernamental y nacionalista cuyos extremos la ponen en contradicción con la universalidad de los valores de la cultura.

Ahora bien, si sopesamos con cuidado los datos de esa situación, llegaremos a concluir que, contra su primera apariencia, no responde en verdad a las exigencias intrínsecas del progreso técnico; y aún más: que dicha situación contradice las que serían consecuencias naturales de tal progreso, implícitas en la esencial estructura de la moderna tecnología. Así, la propaganda gubernamental

mental por medio de la radio —para ceñirnos a lo más común— está dirigida, de una parte a la población del propio Estado, y de la otra, al exterior, con distintos contenidos, y a veces opuestos; en conjunto, responde a una actitud exclusivista, dictada por intereses locales, inconciliables con los de otros Estados. De ahí la preocupación de los gobiernos por eliminar del éter a ciertas radioemisoras extranjeras, y el propósito de impedir a sus súbditos que las escuchen, poniendo en juego para lograrlo los eficaces medios de control policial a su disposición. Es un ejemplo de cómo puede violentarse la técnica, cercenando sus implícitas exigencias en un sentido perverso, no requerido sino, al contrario, vulnerador de lo que demanda la ley intrínseca del correspondiente dispositivo. El alcance de la radio es universal; pero los Estados, desde su particularismo, pretenden apropiársela y monopolizarla para sus fines, tornando en malos aquellos buenos efectos que de su invención podían esperarse. A resultado análogo llegamos echando un vistazo a la vida económica. La clausura de la economía en sistemas nacionales cerrados —para dejar a un lado todas las perturbaciones e injusticias que ocasiona el entrecruzamiento de motivos de política interna en la dirección de la economía— produce excesos y carencias, descompensaciones absurdas, de las que padece la población, y cuyos ejemplos están en el ánimo de todos. Aquí se pudre el cereal por falta de comprador y los en-

fermos están privados de indispensables medicamentos; allí sobran los artefactos eléctricos y falta la corriente para accionarlos; más allá se carece de carne, de manteca, y no se sabe a donde exportar los automóviles... La experiencia del fascismo evidenció el fracaso de las pretendidas autarquías económicas; pero el control de la economía por el Estado mantiene una situación descabellada, fuente de perturbaciones de las que estuvo libre la humanidad cuando, en el siglo anterior, todavía la técnica no había avanzado tanto. No es, sin embargo, a la técnica, sino a la organización de la economía por unidades nacionales cerradas, a quien debe culparse de ello. La economía basada en el moderno industrialismo contiene, implícita, la organización en un plano más amplio —no, por el contrario, tanto más reducido— que aquel sobre que se extendió espontáneamente en la época del gran despliegue capitalista...

*Inadecuación entre el progreso técnico y la
organización política del mundo*

Esto nos permite sospechar que existe una inadecuación, una disparidad, desajuste e incongruencia en las condiciones de nuestro mundo actual; pero no, como suele creerse, entre la moderna tecnología y el estado de la cultura moral, sino entre el desarrollo alcanzado por la técnica material, y la organización política del

Occidente, que sigue siendo, en esquema, la misma del siglo XVI, la misma que todavía en el siglo XIX sintió una continuación normal del despliegue histórico, pero que ahora, ante las consecuencias tecnológicas del despliegue cumplido, resulta obstrusiva y produce situaciones trituradoras, ya que esos mismos Estados cuyos equilibrios y combinaciones pudieron entonces efectuarse de modo fructífero a base de los medios de poder relativamente cortos correspondientes al nivel técnico de su época —y, por lo tanto, dentro de la política prescindente, limitada y abstencionista del liberalismo— se han tornado totalitarios por fuerza del nuevo nivel técnico logrado, y como tales actúan, con deliberación o sin ella por parte de sus gobernantes.

El progreso técnico del último medio siglo ha sido, en efecto, descomunal: alterando las relaciones del hombre con el medio geográfico, de modo que, en proporción a sus recursos, cambia el tamaño del planeta, ha achicado hasta lo indecible sus territorios; y Estados que hace cien años, por el vehículo más veloz, no podían recorrerse de frontera a frontera en menos de semanas de viaje, se atraviesan hoy en muy pocas horas. Pues bien, ese progreso técnico, a la vez que reducía así sus territorios, ha aumentado en medida no menos intensa sus posibilidades de control social y, por consiguiente, la presión oficial sobre la población establecida en ellos, que si antes debía costear mediante contribuciones moderadas los gastos de

una administración suscita casi por completo desatendida de las actividades económicas, tiene ahora que soportar el peso abrumador de burocracias empleadas en controlar con universal competencia y plenitud de atribuciones todos los aspectos de la vida social.

Contraídos así los territorios de los Estados, y agigantada al mismo tiempo la presión del aparato político-administrativo montado sobre ellos, resultan contrasentidos tan flagrantes como el de que el hombre actual pueda hacer en horas contadas una travesía intercontinental, pero llenar las formalidades burocráticas exigidas para emprenderla le costará meses; de que los medios de transmisión le permitirían estar informado al instante de cuanto en el mundo ocurra, pero, de hecho, recibe esa información —cuando la recibe— adulterada y deformada según los intereses de la constelación política bajo cuyo control se halle; de que el despliegue de la industria debiera garantizarle un disfrute armónico de bienes de uso y consumo superiores en conjunto a los de cualquier otro período anterior en la historia, pero la economía dirigida le somete a privaciones súbitas que producen una general sensación de zozobra, fondo cotidiano sobre el que se erige, sumado a la presión asfixiante del aparato oficial y a la perspectiva de una guerra-milenio, la angustia que hoy oprime a la gente, y que constituye el rasgo característico de nuestro tiempo, rasgo que puede descubrirse repetido en los más diversos planos de la

vida social y de la cultura, desde los consultorios de psico-análisis popular hasta la literatura sádica y hasta las más abstrusas especulaciones de la alta filosofía.

La atmósfera en que vive nuestra generación, oprimida en su libertad y amenazada en su seguridad, procede, según entendemos, si no originalmente, por lo menos en cuanto a su condicionamiento y general determinación sociológica, de la gran incongruencia entre el alcance de la tecnología que el hombre contemporáneo domina, y el radio tan corto de las estructuras políticas desde las cuales, en forma descompasada y autónoma, se manejan sus claves. Las perturbaciones y constantes incongruencias del funcionamiento multiplican su efecto enervante por el de la expectativa tensa de una gran catástrofe, que el propio nerviosismo puede precipitar.

La soberanía de los Estados nacionales

Convendría preguntarse ahora, con la vista puesta ya en las posibles soluciones, si esa incongruencia entre la moderna tecnología y la organización política de un mundo dividido en pequeños Estados nacionales, supone un conflicto insuperable de dos órdenes igualmente justificados y legítimos. Y, si consideramos que, por su carácter instrumental, el progreso técnico contiene en sí mismo, en su probada eficacia, su propia justificación, el problema se habría reducido a examinar la razón y

fundamento que puedan tener las pretensiones de los Estados a controlar, cada uno por su parte, el aparato tecnológico.

Tales pretensiones están basadas, como es obvio, en el principio de soberanía. Y claro está que no podemos dilatarlos aquí en un examen de las conexiones históricas en que se establece y adquiere eficacia práctica dicho principio mediante el que se afirma la ilimitación de facultades del poder soberano. Bastará recordar que en su origen renacentista y en su desarrollo hasta bien entrado el siglo XIX la ilimitación del poder soberano del Estado fué siempre entendida, como es lógico, para dentro de lo que es competencia propia del Estado según su esencial naturaleza; es decir, dentro de la esfera política, sin que pudiera afectar al orden de la moral y religión, de la cultura, de la economía, ni, en suma, a la libertad del individuo. Soberanía era y tenía que ser facultad absoluta de decisión para el cuerpo político en materia de Estado y, cardinalmente, el derecho a declarar la guerra y concertar la paz. Sólo al hacerse totalitario en el curso del siglo actual, el Estado ha puesto mano en todos los órdenes de la vida social, dirige la economía, violenta las conciencias por la propaganda y la coacción, quiere regir las costumbres, y hasta se mete a definir e imponer cánones en materia de arte. Para todas estas intromisiones en terrenos que nada tienen que ver con la esencial naturaleza y competencia del Estado,

suele invocarse falazmente el principio de soberanía, y ello, en momentos en que éste ha perdido ya toda su eficacia práctica en lo que es su verdadero campo. Si todavía después de la primera guerra mundial pudo seguirse manteniendo durante un cierto lapso la ilusión, ya hoy, tras la segunda, nadie pretenderá que los Estados nacionales continúan dueños de una decisión soberana sobre la guerra y la paz, ni que sean capaces de determinar por sí mismos sus propios destinos. Las decisiones políticas fundamentales se han concentrado en dos grandes centros de poder mundial, que polarizan toda la tensión y sostienen el orden en sus respectivas zonas, mientras que los Estados nacionales, así exonerados de su soberanía actúan con histérica meticulosidad sobre sectores de la vida social que por su propia índole debieran estar sustraídos a su intervención, con resultados tan perturbadores como opresivos.

Hacia el restablecimiento de la confianza

La concentración de las decisiones políticas fundamentales —soberanas— en grandes centros regionales del planeta, tal como ha surgido de la segunda guerra mundial, es un resultado forzoso del progreso tecnológico en el aspecto relativo al material y a la organización general del esfuerzo bélico. En cuanto a él se refiere, puede bien decirse que se ha restablecido la

adecuación entre la técnica y el encuadre social correspondiente. Y así, puede estarse seguro de que, dentro de los respectivos ámbitos, ninguno de los dos grandes poderes mundiales consentirá que veleidades "soberanas" de los Estados implicados comprometan la posición o debiliten los recursos del bloque. Sin embargo, puede esperarse de la magnitud de éste que su control político-social no sobrepasará demasiado los límites de lo indispensable a los fines de su alta política. Lo malo es que, entre tanto, los Estados pretendidamente soberanos, mantienen por su cuenta un control que excede en mucho a la necesidad; y así se da el caso frecuente de que, so pretexto de servir la política general inexcusable del bloque a que pertenecen, se convierten en ejecutores demasiado celosos de sus consignas o lineamientos de principios, poniendo todos los recursos técnicos modernos a la tarea de ejercer sus servicios, e implantando hábitos de rigor y crueldad que más responden a una complacencia morbosa en las atrocidades que a necesidad alguna, a la vez que involucran en tales procedimientos a cuantos elementos son considerados, por circunstancias variables de la política interna, como adversos al gobierno local.

Todas las perturbaciones aludidas, y otras por el estilo, no sólo arruinan la libertad del ciudadano y la dignidad del hombre, convirtiéndolo en un esclavo de la empresa nacional que tan desproporcionados medios de

poder detenta, sino que también comprometen la seguridad común, al crear condiciones que a la postre han de resultar explosivas. Para no mencionar sino un nuevo y diferente aspecto: el control —manejado, como todo control, restrictivamente— de los movimientos migratorios por parte de los Estados ocasiona desequilibrios de población cuya peligrosidad es incalculable. ¿Quién logra la parte que cupo a estos desequilibrios, presiones y tensiones en la causación de la segunda guerra mundial?

Cierto es que la agrupación política alrededor de los dos grandes polos del poder mundial ha eliminado en gran medida, por no decir completamente, la posibilidad de conflictos internacionales complejos como los que se ventilaron en 1914-18 y en 1939-45, y que la amenaza del milenio atómico se remite a un eventual conflicto entre ambos bloques. Pero este conflicto será tanto menos probable cuanto más se eliminen los motivos de ansiedad, de exasperación e inquietud que hoy prestan a nuestra existencia ese marcado tono de angustia tan apropiado para provocar las catástrofes mismas que se temen. Hacer que la tecnología moderna, patrimonio fabuloso que la humanidad actual tiene a su disposición, no sea para ella un instrumento de tortura sino, razonablemente, fuente de bienestar y de comodidades capaces de facilitar la vida, será tanto como librar al hombre contemporáneo de muchos cilicios —algunos de los cuales, sin duda, se han hecho ya costumbre en su carne, y quizás

apenas le duelen, pero lo agarrotan e inficionan—, y propiciar la seguridad colectiva mediante una atmósfera de distención general, donde el temor que hoy aflige, consciente o subconscientemente, a las multitudes ceda ante una actitud de mayor confianza, sentimiento que —entiéndase bien— comienza siempre por ser confianza en sí propio y, por consiguiente, significa fortaleza, y no debilidad.

El camino a seguir

Se plantea ahora, para terminar, la cuestión de procedimiento. ¿Acaso resultará indispensable, si es cierto que las causas sociológicas de los principales trastornos de nuestro tiempo radican en una inadecuación entre la organización política del mundo en Estados nacionales y el despliegue tecnológico alcanzado a la fecha, será, pues, indispensable entonces suprimir los Estados nacionales substituyéndolos por otro tipo de organización política, ya que no estamos dispuestos a hacer renuncia de nuestras magníficas adquisiciones técnicas? En modo alguno.

El hecho de que una institución se haya hecho absoluta no quiere decir que sea inadaptable a las condiciones históricas cambiadas ni incapaz de rendir de otra manera buenos y aun excelentes servicios en una nueva fase. El Imperio Romano siguió operando de una manera

que hoy nos parece fantasmal, pero no por eso menos efectiva, durante toda la Edad Media, y aún se prolonga en la moderna hasta bien entrado el siglo XIX; y la Constitución inglesa, una antigualla medioeval, ofreció modelo al moderno constitucionalismo en la lucha contra la monarquía absoluta. Los Estados nacionales aglutinan sentimientos demasiado profundos como para que nadie pueda, sensatamente, pensar en borrarlos de un plumazo; ni tampoco sería bueno suprimir las diferencias nacionales dando un paso más en la vía de la uniformidad que tan árida chatura impone a la sociedad en que vivimos. Dejemos, pues, que las naciones perduren; no pensemos siquiera en privarnos de semejante bien, ni en echar por la ventana los tesoros culturales vinculados a ellas.

En realidad, lo único indispensable es sustraer a los Estados la competencia que, abusiva aun cuando tal vez inevitablemente, se han venido arrogando, de modo especial durante los últimos cuarenta años, sobre sectores de la actividad humana cuya importancia y volumen tanto ha incrementado el progreso técnico; por lo tanto, restablecer, adaptada a las nuevas circunstancias, la situación fundamental del siglo XIX, que fué, justo es reconocerlo, al mismo tiempo que la época clásica de las nacionalidades, una de las etapas en definitiva más armónicas y fructuosas de toda la historia.

Haciéndolo así, nos habremos limitado a servir la exi-

gencia implícita en la propia estructura tecnológica del presente, de la que deberemos también extraer las directrices particulares. En lo que sigue, sólo me propongo aportar levísimas sugerencias, aducidas por vía de ejemplo, y expuestas con toda clase de reservas.

1o. Unificación técnica de los medios de pago. Se trataría, meramente, de llevar a la práctica las previsiones y de dar pleno vigor a los mecanismos e institutos ordenados al efecto en la U. N., restaurando, dentro de las condiciones de la finanza actual, el sano principio del sistema del siglo librecambista, autorregulado sobre un patrón unitario. La unificación de los medios de pago por sí sola dismantlaría en lo esencial los artilugios de control de cambios montados por cada uno de los Estados con el propósito —ilusorio, por supuesto— de imponerle al resto el valor que arbitrariamente asignan al oro fabricado en retortas y alambiques nacionales. Toda la complejidad de dichos artilugios quedaría con eso reducida al simple efecto de las clásicas tarifas aduaneras.

2o. Supresión gradual —por zonas— de las aduanas entre países limítrofes, mediante uniones como las que ya se bosquejan. De este modo se ampliarían los ámbitos de la economía por crecientes integraciones cuyos últimos resultados son, como es sabido, generalmente ventajosos.

3o. Sistema unificado de identificación, documentación y control personal, con universal validez. Durante el si-

glo XIX era excepcional la exigencia de documentación que hoy constituye una especie de manía obsesiva. El emigrante, por ejemplo, sólo necesitaba embarcar para irse a otras tierras en busca de trabajo; y el 4 de agosto de 1914 a muchos viajeros les sorprendió, sin piezas de identificación, en países extranjeros que entraban en guerra. No sería aceptable, para la actual sociedad de masas, prescindir de los perfeccionados controles que ahora se usan; pero sí, en cambio, muy recomendable unificar el sistema de identificación de modo tal que, en posesión de un documento personal válido en todos los países, el particular no viera obstaculizados sus movimientos sin causa derivada de ilegítima conducta por parte suya. Un poder supremo común, como es el constituido por cada uno de los dos grandes bloques mundiales, de igual modo que ha requerido la unificación de los armamentos y la coordinación militar, exige también una policía común, organizada sobre la base de los principios de orden público que el bloque reconoce.

4o. Garantía efectiva de la libertad de información y de creación cultural mediante exenciones internacionales que impidan a los gobiernos cerrar según sus veleidades el acceso y utilización de sus fuentes. Algunas de las trabas existentes hoy — mala circulación de los libros editados en el extranjero, eliminación total o parcial de sectores de la producción cinematográfica—. . . dimanan de los dispositivos establecidos por los gobiernos para

controlar la economía en dirección autárquica, y desaparecerían con la unificación de los medios de pago. Para obviar otros obstáculos —del tipo de la censura— podrían arbitrarse medios más prácticos que la mera prohibición formal, tantas veces inoperante; medios tales, como acaso, una norma agregada al régimen de la Unión Postal Universal que negara facultad a las administraciones nacionales para rechazar los envíos hechos desde el exterior, responsabilizándolas pecuniariamente ante los remitentes por los envíos no cursados... Pequeñas medidas de este género son a veces más eficaces que las solemnes declaraciones.

Nada impide, tras de reformas de sentido análogo, reclamadas como lo están por la fuerza misma de los hechos, que los Estados sigan desempeñando su función propia ni que las naciones continúen su natural desenvolvimiento. Es probable que aquella función y este desenvolvimiento prosigan, más bien, sin los atascos ocasionados ahora por el exceso de unos medios superiores y muy concentrados, cuya aplicación tiene que resultar embarazosa y opresiva. En todo caso, no tardaríamos en ver aliviarse la presión psíquica bajo la cual está viviendo la humanidad, y disminuir los torturadores efectos que suelen imputarse a la moderna tecnología y cuya eliminación esperan algunos de un perfeccionamiento moral colectivo logrado, acaso, por persuasivas exhortaciones.

EL PROBLEMA DEL ESTADO EN LA CONTRA- REFORMA VISTO A TRAVES DE DOS PEN- SADORES REPRESENTATIVOS

1. *Pedro de Ribadeneyra.*

La pieza más notable de la literatura antimachiavelista es, sin duda, el *Tratado de la Religión y virtudes que debe tener El Príncipe Cristiano para gobernar y conservar sus Estados, contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de este tiempo enseñan*, escrito por el Padre Pedro de Ribadeneyra, S. J. Su intención polémica viene ya expresada desde el título. Trata de salir al paso de la creciente difusión de la “falsa y perniciosa razón de Estado”. “Porque son tantos los discípulos de este impío maestro —dice refiriéndose a Maquiavelo—, y tantos los políticos que con nombre de cristianos persiguen a Jesucristo, que no se puede fácilmente creer ni el número que hay de ellos, ni los daños que hacen”... Se maravilla de que “hombres en sangre ilustres, y tenidos en la doctrina por letrados, en la prudencia por cuer-

dos, en la apariencia exterior por modestos y pacíficos” sigan el maquiavelismo y alaben las ideas de Juan Bodino, cuyas obras “andan en manos de los hombres de Estado, y son leídas con mucha curiosidad”. “Estas son las fuentes de que beben los políticos de nuestro tiempo, éstas las guías que siguen, éstos los preceptores que oyen, y la regla con que regulan sus consejos”. Maquiavelo, consejero impío; La Noue, soldado calvinista; Mornay, profano; Bodino, ni enseñado en teología, ni ejercitado en piedad...

En frases como las transcriptas, refleja el P. Ribadeneira cuál era la situación en su tiempo: cómo una vez derrotada España en su empeño de mantener la unidad espiritual del Occidente, fracasada su *política de Cristo*, las ideas profanas de gobierno se infiltraban poderosamente en el ámbito hispano mismo, aun a través de traducciones expurgadas y enmendadas como la que se hizo de los “Seis libros de la República”, de Bodin. Nada de cuanto pudiera decirse por nuestra parte ofrecería una descripción más gráfica de esa marea intelectual —comparable a la que nuestros días presenciaron con la creciente de las ideologías totalitarias— que esas impresionantes lamentaciones con que se inicia “El Príncipe Cristiano”: “¿Quién puede sin lágrimas oír los otros preceptos que da este hombre para conservar los Estados, viódo el ansia con que algunos hombres de Esta-

do los desean saber, la atención con que los leen y la estima que hacen de ellos?", después de que "esta perversa y diabólica doctrina", sembrada al principio en Italia, "se ha ido extendiendo y penetrando a otras provincias"...

El libro de Ribadeneyra es un acto de militancia frente a ella. Se propone atajar su difusión, cerrarle el camino. "Me he puesto a escribir —dice— para desengaño de los que, sin mirar lo que hacen, se dejan llevar de esta doctrina, y para prevención y aviso de los que aún no han penetrado en este ciego e inexplicable laberinto". Por su propósito, por su tesis y por su sentido, constituye una de las expresiones más agudas de ese magno acontecimiento cultural que es la Contrarreforma.

El P. Pedro de Ribadeneyra, nacido en Toledo el año 1526, ingresó en la recién fundada Compañía de Jesús siendo todavía un muchacho de catorce años; fué uno de los colaboradores inmediatos de San Ignacio de Loyola —cuya *Vida* escribiría—, y llegó a asistente del general de la Orden. El tratado de "El Príncipe Cristiano" lo escribió ya en su vejez: se imprimió en Madrid el año 1595. Estaba destinado a "amonestar a los príncipes cristianos y a los consejeros que tienen consigo"; y así, lo dedicó a Felipe III, todavía Príncipe de Asturias por entonces, e hizo llegar otro ejemplar a manos del rey Felipe II...

Su tesis fundamental es ésta: que hay, no una, sino

dos razones de Estado, una falsa y aparente; otra, sólida y verdadera; *una, que del Estado hace religión; otra, que de la religión hace Estado*. Imposible sería reducir a una fórmula más concisa, brillante y exacta que esa el problema cultural a que se vió abocado el Occidente en el Renacimiento, y en el que todavía se debate dolorosamente el mundo. Toda la subversión de valores, toda la abyección moral, la infamia de que el mundo ha rebosado en la generación presente, se encuentra ya fijada, en los últimos años del siglo xvi, en el denuesto de este jesuíta español contra los que del Estado hacen religión. ¿Puede extrañar a nadie, después de ello, que la caracterización hecha por su pluma del pensamiento maquiavelista valga también para describir la política totalitaria del siglo xx? Cuando habla de que, según la mala doctrina, el Príncipe se ha de servir para los fines políticos “de cualesquiera medios, malos o buenos, justos o injustos, que le puedan aprovechar”; que “debe algunas veces mostrarse piadoso, aunque no lo sea; y otras abrazar cualquier religión, por desatinada que sea”; que “no hay otra causa justa para hacer guerra, sino la que parece al Príncipe que le es conveniente o necesaria”; y que “para destruir alguna ciudad o provincia sin guerra, no hay tal como sembrarla de pecados y vicios” ¿no nos parece estar escuchando alusiones a la realidad de nuestros días?

Pero —conviene notarlo bien—, lo que ahí se con-

dena no es tanto la realidad como la doctrina que viene a cohonestarla, respaldarla y prestigiarla. Injusticia, perfidia y tiranía las hubo siempre, y está llena la Historia entera de hechos análogos. Lo que constituye una abominación singular en ella es la renuncia a las justificaciones éticas; más aún, la postulación de la eficacia como un valor substantivo. La injusticia, la perfidia y la tiranía dejan de ser una manifestación del mal sobre la tierra y, por lo tanto absolutamente condenables para convertirse en hechos neutros a los que debe aplicarse el criterio del éxito. Y como en efecto acreditan una superioridad técnica evidente en las pugnas de poder, pasan a ser recomendables y loables modelos de conducta política. Ya tenemos con eso erigido el mal en norma; ya se ha producido la subversión de valores; ya hemos entrado en el ciego laberinto de que tan bellamente habla el P. Rivadeneyra.

No sin razón prefiere a los herejes: "Los herejes, con ser centellas del Infierno y enemigos de toda religión —dice—, profesan alguna religión; y entre los muchos errores que enseñan, mezclan algunas verdades. Los políticos y discípulos de Maquiavelo no tienen religión alguna, ni hacen diferencia de que la religión sea falsa o verdadera, sino si es a propósito para su razón de Estado". Ribadeneyra percibe con toda acuidad la diferencia. Desde su fundación, la Iglesia había tenido que avanzar y constituir su doctrina en medio de herejías;

las herejías no podían asustarle demasiado. Por muy encarnizadas que fueran las luchas de religión, los enemigos peleaban en ellas por cuestiones de fe, y estaban unidos, en la base misma de la discordia, por la fe que disputaban. Pero ahora tenía que enfrentarse con algo distinto: con "amigos fingidos y enemigos verdaderos y domésticos". Pues Maquiavelo "pone entre estos medios (entre los medios políticos) el de nuestra santa religión, y enseña que el Príncipe no debe tener más cuenta con ella de lo que conviene a su Estado", es decir trastorna el orden de los valores y *hace religión del Estado*.

Frente a tal extravío "El Príncipe Cristiano" pretende restablecer la buena doctrina "Santo Tomás prueba con muchas razones que el fin del buen Rey no debe ser riquezas, ni honra, ni gloria temporal, ni otra cosa alguna de las que da Dios a los Reyes buenos y a los malos; pero que su fin y su premio verdadero deben ser el mismo Dios y aquella bienaventurada eternidad que esperamos los cristianos"; "lo cual todo los obliga por mil títulos a no desviar un punto los ojos de la ley de Dios, a amarle, respetarle y servirle... y, *por no ofenderle, aventurar todos los estados, reinos y señoríos y haberes del mundo*; Porque perderlos por él es ganarlos" (cap. xi). Es decir, que la política ha de sujetarse a un orden superior de valores —la ley de Dios—, quedando por entero supeditada a su incondicional vigencia: en caso de conflicto, prevalecerá sin disputa el valor espi-

ritual frente a la conveniencia política —se aventurará el reino por no ofender a Dios. La arquitectura de esa doctrina es, en sus líneas generales, la que corresponde a toda recta construcción cultural, y su razón ha de ser reconocida como universal para cualquier ordenamiento histórico del espíritu. En cuanto a su contenido concreto, es el mismo en que se había realizado el ordenamiento histórico-cultural de la Cristiandad configurando el mundo medieval. La Contrarreforma se empeña en mantenerlo a todo trance; más aún, en restaurarlo —puesto que ya había caducado históricamente. De ahí la actitud conservadora y reaccionaria que destinaría al fracaso tales esfuerzos, pese a su razón altísima, que los conduciría a un punto muerto en cuanto se refiere a fecundidad cultural, y que, en definitiva, había de condenarlos ante el juicio de la Historia.

La caducidad histórica de ese contenido de cultura era un hecho que resulta obvio si se contempla el siglo xvi desde la altura del nuestro; pero que el propio Ribadeneyra reconoce por modo tácito cuando, en la introducción a su Tratado, describe la situación cuyo desarrollo se proponía atajar. El auge del maquiavelismo, que con tan expresivas frases pinta, se ha ido extendiendo “con las herejías que el mismo Satanás ha levantado”, “inficionándolas de manera que con estar las (provincias) de Francia, Flandes, Escocia, Inglaterra y otras abrasadas con el fuego infernal de ellas, y

ser increíbles las calamidades que con este incendio padecen, no son tantas ni tan grandes como las que les ha causado esta doctrina de Maquiavelo". No se le escapa, pues el nexo existente entre su propagación y el progreso de la reforma protestante, que escindía a la Cristiandad culturalmente, arruinando la autoridad de la Iglesia de igual manera que la afirmación de los Estados soberanos había arrumbado la autoridad del Imperio. Todos estos fenómenos: Reforma, monarquías absolutas y política de la razón de Estado, responden en su contingencia histórica a una misma fase del proceso civilizador, lanzando entonces hacia una empresa de conquista y unificación del mundo que requería eficaces instrumentos de dominio y aconsejaba echar por la borda cuantas delicadezas culturales pudieran trabarla.

La trágica incongruencia de la Contrarreforma está en que, para enfrentarlo, incurre justamente en aquello que quiere combatir. Esa es la aberración sutil de instituciones como el Tribunal de la Inquisición; que hacen de la religión Estado, e inclusive razón de Estado. En nombre de la tradicional concepción católica, la Contrarreforma se opone a la doctrina de los políticos, orientada en la eficacia y medida con los criterios del poder; pero no encuentra otro camino para combatirla ni otros medios para extirparla que los del propio poder del Estado. Y así, éste se identifica con un cuerpo de dogmas, cerrándose alrededor suyo.

Ciertamente, no le faltan a Ribadeneira apoyos en textos y autoridades de la Iglesia para sostener que “aunque el Rey no es obispo ni se puede llamar obispo, ni ordenar, ni consagrar, y determinar y disponer como juez superior legítimo de las cosas de la Iglesia, pero que debe ser en su manera como obispo, para favorecer y animar a los obispos, y mandar ejecutar lo que ellos santamente determinan, y darles brazo y poder para que sean obedecidos, y castigados los contumaces y rebeldes, y la santa Iglesia tenga paz y quietud” (cap. xix). Esto, digo, podrá remitirse a la tradición ortodoxa en cuanto a su contexto; pero las realidades aludidas bajo iguales palabras son ahora muy otras; ahora el Rey no es ya una pieza dentro de un complejo engranaje de autoridades, ni los contumaces y rebeldes son gente irregular, ajena al orden de la cultura; el Rey es el Estado soberano y los contumaces y rebeldes son disidentes de la doctrina oficial, en un mundo espiritualmente dividido, donde esa doctrina oficial no constituye una pura evidencia ni disfruta de universal asentimiento.

Bajo estas nuevas condiciones adquieren un sentido terrible tesis como las que sirven de cabecera a algunos capítulos de “El Príncipe Cristiano”; a saber: *Que es imposible que hagan buena liga herejes con católicos en una república* (cap. xxiii); *Que los herejes deben ser castigados, y cuán perjudicial sea la libertad de conciencia* (cap. xxvi); *Que las herejías son causa de*

revoluciones y perdimientos de Estados (cap. xxvii)... Y todo el implacable, ardiente celo de la insensata empresa resplandece a través de párrafos como éste: "Si el que hace moneda falsa es quemado, ¿por qué no lo será el que hace y predica doctrina falsa? Si el que falsea las letras del Rey merece pena de muerte, ¿que merecerá el que corrompe la Sagrada Escritura y las Divinas Letras del Señor? Muere por justicia la mujer que no guardó la fe a su marido. ¿Y no morirá el que no guardó la fe a su Dios?... Así que muy justo es que el Príncipe Cristiano haga severa justicia contra los herejes, como siempre después que tuvo fuerzas la Iglesia, en ella se ha usado; y que entienda que comunmente todos los medios suaves y blandos que con ellos se usan les sirven de ponzoña, para endurecerse y hacerse más obstinados". "Y aunque es verdad —se lee más adelante— que la fe es don de Dios, no por eso deja de ser acto de nuestro libre albedrío y merecedor de castigo el que la quebranta; porque también la castidad y las otras virtudes son dones de Dios, y no por eso se deja de castigar el adúltero, el homicida y ladrón"... "A los mismos que mueren les conviene morir, para que no crezcan en su maldad" (cap. xxvi).

2. *Francisco Suárez.*

El edificio intelectual de la Contrarreforma culmina en la obra gigantesca del jesuíta Francisco Suárez, nacido

en Granada, España, en 1548 y muerto en Coimbra, en cuya Universidad dictaba cátedra de Prima de Teología, el año de 1617. Esa obra está compuesta por numerosos tratados teológicos, filosóficos y jurídicos, entre los que se destacan las *Disputaciones Metaphysicae*, la *Defensio fidei* y el *Tractatus De legibus et Deo legislatore*, y constituye un monumento precioso del barroco. Su fundamental estructura de pensamiento corresponde con toda fidelidad a la Escolástica; pero, sobre esa armadura, se despliega interminablemente en retorcidas volutas; extrae sin cansancio riquezas siempre nuevas; apúra el distingo hasta lo inverosímil; extrema la sutileza y fatiga la admiración, manejando con agilidad maravillosa un imponente volumen de saber. Representa el punto de cargada madurez de un orden cultural cerrado sobre sí mismo y, en tal sentido, deja la impresión, a un tiempo mismo, de lo perfecto y de lo estéril.

En efecto, el colosal esfuerzo encerrado en la obra del Padre Suárez ha permanecido en un olvido creciente dentro de una España que decaía y se iba desmoronando. Y sólo recuperó un brillo transitorio en la atención que el neokantismo hubo de prestarle en Alemania a fines del siglo XIX y principios del actual. Su conjunción con filósofos del Derecho como Kohler y, sobre todo, Stammler, se explica, no sólo porque, como ellos percibieron, aún las ideas teológicas y filosóficas de Suárez propenden a adoptar estructuras jurídicas, sino, sobre todo,

porque el formalismo de los neokantianos, expresión a su vez de unas postrimerías culturales, hallaba estímulos y enseñanzas inapreciables en el espléndido ocaso de la Contrarreforma española.

En lo que se refiere al problema del Estado y su teoría, las posiciones de Suárez reafirman, como en todo lo demás, la actitud tomista. En sus bases fundamentales no hay en él, pues, originalidad ninguna. Ese problema se encuentra considerado en el *Tratado de las Leyes y de Dios legislador* al margen de la cuestión titular, y ello no sin un sólido fundamento metafísico. En efecto los temas del Estado surgen —en el tercero de los diez libros que integran el tratado—, al discurrir sobre “la ley positiva humana en sí misma y en cuanto puede considerarse en la pura naturaleza del hombre, la cual se llama también ley civil”. En el tratado se estudia el orden del universo a partir de la ley eterna y, así, los temas que interesan a la moderna ciencia política, aparecen colocados en su debido puesto dentro de ese orden, tal como lo concibe la filosofía católica.

Arranca Suárez del principio aristotélico de que “el hombre es un animal social y apetece natural y rectamente vivir en sociedad” y de la distinción entre “la comunidad imperfecta o familiar y perfecta o política”. Siendo insuficiente la primera, es necesaria en el género humano la comunidad política, “que constituya al menos la ciudad y se componga de muchas familias”, aun-

que esta comunidad puede ensancharse en reino o principado por la sociedad de muchas ciudades.

“El segundo principio es que en la comunidad perfecta es necesaria la potestad, a la que corresponda el gobierno de la comunidad, lo cual, por sus términos, parece evidente de suyo”. ¿A quién corresponderá esta potestad? “Esta potestad, por sola la naturaleza de ella, no está en ningún hombre singular, sino en la reunión de los hombres”; “en virtud de sólo el derecho natural está en la comunidad de los hombres”. “Mas para que se entienda esto mejor se ha de advertir que la muchedumbre de los hombres se considera de dos modos: primero, solamente en cuanto es un agregado sin orden alguno o unión física o moral, del cual modo no hacen un todo físico ni moral, y, por tanto, no son propiamente un cuerpo político y, por lo mismo, no necesitan de una cabeza o príncipe; por lo cual, en ellos considerados de este modo no se entiende todavía esta potestad propia y formalmente, sino a lo sumo cuasi radicalmente. De otro modo se ha de considerar la muchedumbre de los hombres, en cuanto por especial voluntad o común consentimiento se reúnen en un solo cuerpo político por un solo vínculo de sociedad y para ayudarse mutuamente en orden a un fin político, del cual modo forman un solo cuerpo místico, el cual puede llamarse de suyo uno; y, por consiguiente, necesita él de una sola cabeza”. (III. 1 $\frac{3}{4}$ y 2 $\frac{3}{4}$).

Falta ahora averiguar cuál ha de ser esta cabeza o gobierno. Suárez se atiene a la clasificación que Aristóteles hace de las formas de gobierno, y afirma que “aunque esta potestad sea absolutamente de derecho natural, la determinación de ella a cierto modo de potestad y de régimen proviene del arbitrio humano”. “En el Estado de la ley natural no son obligados los hombres a elegir determinadamente uno de estos modos de gobernación”: “Pende toda esta cuestión del humano consejo y arbitrio” (III, 4,1).

Son, como puede verse, las posiciones tomistas, confirmadas y acaso aumentadas en rigor sistemático. Pero resultaría de todo punto equivocado suponer que en esa reafirmación se agote el sentido histórico de la obra suarina. Pues ésta viene a erigirse frente a un mundo para el que ha perdido vigencia la concepción católica del universo y en el que —por lo que afecta a este problema particular— las condiciones de realidad se habían alterado substancialmente. El orden político que Santo Tomás de Aquino tenía a la vista, la Europa del siglo XIII, era distinto en su base al orden político que el padre Suárez contemplaba en el tránsito del siglo XVI al XVII. Los postulados y los conceptos habían de tener, pese a su aparente coincidencia un sentido muy divergente y muy otra repercusión en la circunstancia de uno y otro.

Hay que considerar, antes de nada, que el propósito capital de Suárez era apoyar la validez del viejo orden

de un modo incondicionado, desconociendo lo substancial del cambio ocurrido y tratándolo como desviación adjetiva del núcleo de los principios inmutables. Y así al desarrollar la exposición de éstos combate ocasionalmente el *error* que, en su tiempo, era ya postulación resuelta y hasta triunfante de otros principios culturales. El punto de la discordia revela, sin embargo, toda su insondable profundidad cuando llega la ocasión de salir al paso, polémicamente, del maquiavelismo y los políticos. “Inquirimos, pues, —escribe (III, 12, 1)— la materia civil, es decir, que puede mandar o prohibir”; y añade (III, 12, 2) que, “acerca de la cuestión propuesta pueden citarse dos opiniones: una es, que la potestad laica y el derecho civil intentan de suyo y primeramente el estado político y su conservación y aumento, y por tanto, que materia de las leyes es aquella que sirve para el estado político y para la conservación o aumento de él; y que en orden a este fin se dan leyes, hállase en ellas verdadera honestidad, o sólo simulada y aparente, disimulando también aquellas que son injustas, si son útiles a la república temporal. Esta es la doctrina de los políticos de este tiempo, la cual ha intentado principalmente Maquiavelo persuadir a los príncipes seculares, y sólo se funda en esto, que no puede de otro modo conservarse la república temporal. Y así su juicio perverso es que no puede ser rey verdadero y estable el que se ciñe a las leyes de la virtud y se somete totalmente a ellas”.

En el número siguiente refuta esa doctrina como “totalmente falsa y errónea”. “Las leyes civiles sólo pueden versar acerca de materia honesta con proporción, es decir, mandando lo honesto o prohibiendo lo que es malo, o al menos no mandándolo... La razón *a priori* es, porque la ley natural prohíbe todo lo que es torpe; mas la ley civil no puede quitar la ley natural, ni el hombre puede ser simultáneamente obligado por leyes contrarias; luego es imposible que tal ley civil sea verdadera ley u oblique”. “De donde consta, que los políticos que persuaden a aquella doctrina a los príncipes seculares, si creen que les es lícito y por derecho pueden dar tales preceptos que sean contrarios a la religión verdadera (pues, de estas leyes hablaban principalmente) son herejes, o ciertamente ateos, lo que es más verosímil. Pues quien cree que hay Dios no puede menos de creer que deben ser preferidos sus preceptos a los mandatos de los hombres siendo como es la jurisdicción de Dios muy superior”.

El hecho decisivo es, sin embargo, que no se trata de una desviación intelectual susceptible de reducción a error. Estos herejes y ateos dan ahora la pauta cultural al mundo, y España ha llegado en vano al límite de sus fuerzas en el empeño por reducirlos. Con eso, los límites de su poder —cada vez más cortos de entonces en adelante— serán también los límites de esa concepción cultural, puesta en jaque por los políticos que del Estado hacen religión. La Contrarreforma se ha encerrado en

las fronteras del Estado español, y utiliza para sus fines culturales los instrumentos del poder político. Y de este modo cae en la situación que trata de impugnar, aceptándola con todas sus consecuencias, y hasta llevándolas a su extremo.

El pensamiento político de Suárez, pese a su fidelidad tomista, da entrada y explica en sus lineamientos a la nueva realidad de los Estados soberanos. Santo Tomás había adaptado la *Política* de Aristóteles, basada en el dato práctico de la *polis* griega, al complejo de poderes de la Cristiandad medieval. Suárez, por su parte, acomoda el *De regimine principum* y la *Summa Theologica* al pluralismo de la Edad Moderna, con su constelación de Estados soberanos. Discurriendo sobre la potestad pública afirma que "no está por naturaleza en la multitud de tal suerte que sea necesariamente una en número en toda la especie o en toda la colección de los hombres existentes en el orbe universo", antes resultarían de ello inconvenientes prácticos en el gobierno (III, 2, 4). Y más adelante (cap. 7 del mismo libro) impugna la tesis de que el emperador romano haya sido alguna vez verdadero príncipe de todo el mundo con jurisdicción suprema sobre todos los reinos del mundo, negando el derecho superior del Imperio y, por consiguiente, la unidad política de la cristiandad. Algunos de sus razonamientos son típicos del nuevo orden de cosas y de ideas. "Pruébase esto —escribe en el cap. 7, núm. 7— de los

reyes cristianos que existían dentro de los límites del antiguo Imperio, pues entre ellos hay muchos supremos en las cosas temporales; luego sobre ellos y sobre sus reinos no tiene el emperador jurisdicción ni puede obligarlos con sus leyes. La consecuencia es clara, *porque repugna ser supremo y ser súbdito en el mismo orden*". Esta repugnancia corresponde por completo al nuevo concepto de la soberanía, adecuado a la también nueva realidad de los Estados monárquicos. Todavía en el reinado anterior, Carlos V había realizado el último frustrado intento de mantener la *universitas christiana* bajo su corona imperial. Ahora, concluía Suárez sus razonamientos con la afirmación (cap. 8, núm. 1) de "que el emperador puede ciertamente dar leyes civiles; mas, que por ellas no puede obligar a toda la Iglesia, sino sólo a las provincias sujetas al Imperio Romano".

En cambio, opone a la consecuencia de la política de la razón de Estado —que amenazaba conducir, como en efecto ha conducido al cabo de los siglos, a la radical escisión del Occidente en unidades culturales contrapuestas—, el principio de una comunidad ideal; "pues, aun cuando la universidad de los hombres no haya sido congregada en un solo cuerpo político sino que ha sido dividida en varias comunidades, no obstante, para que aquellas comunidades pudiesen mutuamente ayudarse y conservarse entre sí en justicia y paz (lo cual es necesario para el bien del universo) convino en que obser-

varan entre sí ciertos derechos comunes como por común alianza; y estos son los que se llaman derechos de gentes, que han sido introducidos por la tradición y costumbres que por alguna constitución" (III, 2,5).

Para él, pues, la comunidad de los Estados soberanos estaba anudada por la ley eterna, la ley natural y el derecho de gentes; no por ningún vínculo político. Andado el tiempo, y secularizada la filosofía política, el concierto de las naciones es estimaría fundado tan sólo en el derecho natural y el derecho internacional; y, más adelante, esfumada la fe en aquél, éste se haría cada vez más deleznable y precario.

EL PODER MUNDIAL Y NOSOTROS

“Todo el que haga la experiencia de dedicar algunas horas a la literatura sobre la paz, percibirá en qué escasa medida contribuimos a ella los pueblos de lengua española... ¿Cuál es la causa de esa escasez? ¿Vivimos quizás desinteresados ante lo que pueda ocurrir?” Con esta interrogación abierta muy al comienzo de su libro, se propone apurar José Medina Echavarría el sentido de sus *Consideraciones sobre el Tema de la Paz*, que acaba de llegar a mis manos. Trátase de un libro singular. Es edición privada del Banco de México que, en 1943, constituyó un pequeño grupo de investigadores con el encargo de estudiar diversos problemas de Postguerra, labor cuya apertura tuvo efecto con este informe sobre los posibles marcos de la futura organización internacional, que ahora sale a relativa publicidad. Mas, el carácter singular a que me refiero proviene sobre todo de su tema, tan desusado entre nosotros. Es que —repetiendo la pregunta— ¿vivimos quizás desinteresados ante lo que pueda ocurrir? Y de entre las escalonadas res-

puestas que él mismo ofrece como razón del aparente desinterés, quiero destacar la más visible: la confusión muy generalizada "de creer que la llamada política internacional es algo que sólo atañe a las grandes potencias, y su impugnación por el argumento de que, al contrario: "una conducta inteligente en este campo es más importante para las potencias secundarias que para las principales y gigantescas. Por la razón bien sencilla de que en ello va la vida. Los errores por parte de los grandes poderes pueden pagarse muy duramente quizá, pero también en forma temporal; los errores de las potencias secundarias pueden costar el precio definitivo de la propia existencia"...

No voy a exponer aquí la problemática que el libro despliega, porque no es mi intención, ni discutirla, ni criticarla. Vano sería, además, el designio de exponer en imposible resumen algo dotado ahí de un desarrollo tan radical, ambicioso y complejo que, a veces, hasta se siente vacilar al autor, abrumado por la balumba de la ingente materia, en lucha desesperada por reducir a términos simples —según el propósito práctico recomienda— la interpretación de unas realidades apenas comprensibles en su cabal alcance sin el instrumento de una amplia teorización, capaz de llegar hasta los cimientos mismos de nuestra cultura. Pues no menos que su destino histórico es lo que está en juego, ni se trata de nada menos que de su salvación o ruina.

En este sentido afirmarí­a yo que el libro, como unidad intencional, se resiente, en su finalidad de esclarecer la conciencia pública, de lo que en otro aspecto constituye su excelencia del esfuerzo por sacar a luz los fundamentos teorticos de su actitud, ventilando las raíces de sus conclusiones. Tal vez no hubiera podido ser de otra manera, y no es casualidad que esas conclusiones aparezcan presentadas en forma conjetural y casi por vía de ejemplo: son recursos retóricos, de que el hombre de pensamiento necesita valerse cuando sus posiciones prácticas no cuentan con otra base que la siempre inestable y precaria autoridad de su saber, y eso todavía en un mundo tan indulgente para con los desmanes de hecho cuanto implacable contra la disidencia espiritual.

Pero el resultado es que el andamiaje preparatorio pesa demasiado sobre las formulaciones prácticas al mismo tiempo que, en su propio terreno, en el terreno de la teoría, se muestra precipitado y deja con su apresuramiento lugar a fáciles objeciones. Una discusión reposada y llevada con independencia en ese plano hubiera permitido la dilucidación satisfactoria de cuestiones de fondo, tales como, por caso, la de las relaciones entre el progreso técnico y sus forzadas integraciones sociales, con el proceso paralelo e inverso de la creciente diferenciación cultural de las naciones, observable a ojos vistas y cuyo contraste formula el autor diciendo: "Es cierta la contracción del

mundo y que ésta ha hecho anacrónicas una serie de cosas: fronteras, tarifas, antagonismos que son ya provinciales, etc., etc., pero también hemos visto cómo ese mismo empequeñecimiento ha agudizado unos y levantado otros a alturas antes no soñadas". Es un ejemplo, entre los muchos posibles, de problemas apuntados, y no examinados ni resueltos, como pueblan este libro, y que, en definitiva, no son sino aspectos del gran problema que enfrenta nuestra generación en este giro de la Historia Universal, del que el destino ha querido hacerla gozne. Claro está que el solo intento de plantearlo en forma coherente exigiría una interpretación sistematizada del presente histórico, ajena a los propósitos de ese escrito. Aun así, las nueve décimas partes de su texto no son en él sino preparación y encuadre del breve capítulo final, ceñido y directo, en que esboza el funcionamiento ahora sobre supuestos de realidad concreta de la actitud ideal antes establecida. Veamos cuál sería ésta, según sus propias frases: "Es probable que al término de esta guerra vuelva a confiarse más en la situación de un sistema de fuerzas que en la creación de instituciones demasiado completas desde el principio. . . Convengamos en primer lugar que si alguna vez se ofrece de hecho la situación bosquejada, nuestras posibilidades de elección son escasas; nos encontramos de lleno dentro de una determinada constelación de poder y por bastantes años, al me-

nos, será muy difícil escapar de ella. En este sentido conviene salir al paso de posibles efectos. Pues la percepción de estas circunstancias pudiera producir desánimo o inducir al cinismo o la desesperación. Posturas las tres de irreparable frustración. El desánimo, una íalsa apatía desilusionada, traería con la inactividad el abandono de toda posibilidad creadora, la pérdida incluso de aquellos beneficios de tipo material que puede obtener en los momentos más insospechados una inteligencia alerta. El cinismo lleva consigo la peor forma de entrega, por ser, además de torpe, corrompida... La desesperación es el estado de ánimo incompatible por esencia con la política como acción racional...; sólo producirá a la larga disparate y fracaso”.

¿Qué nos cabe hacer, pues, en situación tal, a los pueblos iberoamericanos, incluídos como estamos por una determinación histórica insuperable dentro de la órbita de poder anglosajona? Nuestras posibilidades se encuentran vinculadas al hecho de que ninguna organización podría funcionar propiamente sin la cooperación activa de las “potencias secundarias”; y esa cooperación puede ser condicionada por parte nuestra.

Después de tan atinado enfoque, propone Medina las condiciones de nuestra cooperación, destinadas a afirmar nuestros ideales y defender nuestros intereses dentro de la forzosidad de las circunstancias: “1) el poder constituido dentro de la comunidad debe mostrarse efec-

tivo de un modo constante en la defensa de los ideales considerados comunes, cuando y allí donde éstos se encuentren amenazados; 2) la semejanza de la cultura... no debe confundirse con la uniformización, ni justificar por parte de nadie pretensiones magistrales; 3) dentro de la comunidad debe desaparecer todo intento de utilización y explotación de las condiciones de desigualdad en ella existentes, ni nadie debe constituirse en elemento de rémora o freno de la evolución normal de los países que la integran; 4) las potencias más fuertes en la comunidad no pueden oponerse a la formación dentro de ella de otras comunidades históricamente determinadas, ni poner obstáculos a las conexiones funcionales independientes que dentro y fuera de su ámbito traten de formarse". Los breves comentarios que a continuación agrega vienen a aclarar el sentido de estas condiciones que, en su conjunto, constituyen un núcleo de principios de política realista, adecuados a la delicada situación histórica por que estamos atravesando los pueblos iberoamericanos, o cuando menos, un núcleo de ideas a discutir y perfilar. Pues para que pueda hacerse frente a esa situación con algún éxito es indispensable y urgente proceder al esclarecimiento de su realidad y perspectivas frente a la opinión pública: una tarea que, siendo como es, no directamente práctica, pero sí de la mayor trascendencia para una práctica sensata, compete de lleno

al oficio de los intelectuales, y sólo ellos están en circunstancias de llevarla a cabo.

En efecto; los hombres que hacen profesión de discutir acerca de las cosas, no sólo poseen presumiblemente mayor aptitud para percibir las en su verdadero ser, sino que también se encuentran hasta cierto punto libres de las ataduras y exentos de las cautelas que pesan sobre el político responsable. Pueden permitirse el ejercicio de la impertinencia e incurrir en palabras imprudentes, que a nada ni a nadie comprometen, sino a su propia autoridad intelectual. Y el tratamiento de los temas en la esfera distante de los principios generales, a que su condición les obliga, les procura al mismo tiempo alguna franquía. Son ellos, pues, quienes pueden y deben ponerse a debatir a fondo las cuestiones vitales en que nuestro común destino histórico se halla comprometido, saneando de ese modo una atmósfera espiritual tan inficionada y tan peligrosamente expuesta a procesos disolutivos como es la que hoy nos envuelve. Pues, en verdad, aquellos pocos que aciertan a darse cuenta de la gravedad de la hora pendulan entre la desesperación y el cinismo, mientras la gran mayoría se maneja, desde todos los campamentos de la lucha política, con equipos de ideas oxidadas e inservibles, que han perdido su funcionalidad por cuanto responden a situaciones reales que ya dejaron de existir, y que siguen siendo aplicadas sin embargo, a tuertas y a derechas, sobre una situación

nueva. De ahí la dimensión de disparate que con tanta frecuencia se observa en las actitudes de los que no pueden estarse quietos y, sobre todo, el desconcierto que inhibe a los más reflexivos. ¡Ya nadie sabe dónde tiene la mano derecha! Y se da el caso de que, aun los procederes orientados hacia el acierto por un sano instinto o por obra de la casualidad, se instrumentan con tan desdichados revestimientos ideológicos que bastan para entorpecer, cuando no invalidar, aquel acierto de la orientación. Pues es evidente que, debiendo enfrentar una situación histórica nueva, hace falta antes que nada pensarla según sus datos originales, en lugar de aplicarle esquemas mentales correspondientes a situaciones pretéritas.

Sería, por consiguiente, obra de incalculable fecundidad la de articular en un solo y gran debate, por encima de las fronteras políticas de toda especie, las escasas voces que apenas han dejado escuchar, acá y allá, hasta hoy, tímidas y solitarias advertencias. Habría que poner resueltamente sobre el tapete la cuestión de nuestro común destino en las nuevas circunstancias nacidas de la guerra, circunstancias que —a nadie puede ocultársele— han cambiado la estructura total del mundo, arruinando los anteriores sistemas de relaciones y alterando la medida misma de las cosas políticas. Esclarecer cuáles sean los criterios ahora aplicables, readaptar el pensamiento a la realidad, equivale a promover la revolución espiri-

tual inexcusable para que podamos seguir viviendo, integrados en un orden cuyas claves no están en nuestras manos, pero que, por eso mismo, necesitamos comprender mejor, a fin de podernos mover con agilidad a través de sus engranajes, evitando el sucumbir despedazados entre ellos.

LA CATASTROFE ALEMANA

Testimonio de un historiador

Cuando el tumulto de las bombas aliadas apagó en Alemania la algarabía de discursos y consignas, los gritos de los verdugos y las quejas de las víctimas, hubo de hallar entre nosotros el eco inmediato de una traducción la primera voz humana surgida del caos. Patéticamente, resultó ser la voz de un anciano: el octogenario historiador Friedrich Meinecke, cuyo libro *La catástrofe alemana* aportó un testimonio autorizado y distinto de los descomunales acontecimientos de la última década. Distinto, digo, porque entonces esos acontecimientos apenas han sido enfocados —y ello es comprensible— desde otro ángulo que el ofrecido por las propagandas beligerantes (todavía el Suplemento literario de *The Times*, marzo 22, 1947, informaba en un tono de ciega saña acerca de este libro mesurado, reflexivo); y autorizado, no sólo con el prestigio científico de su autor, sino también por la experiencia dilatadísima de

un hombre que, desplazado y arrinconado a efectos de la vorágine, nada espera ya de este mundo.

Desde el seno de la catástrofe, el viejo profesor se vuelve a contemplar su propia vida, entrelazada al destino de su país. Una interrogante es la primera frase del libro; los ojos cansados y enfermos que con tanta penetración se esforzaron, durante una larga existencia, en aprehender el sentido de la historia, van a cerrarse ante un enigma que se declaran incapaces de desentrañar. Mas, como quiera que el intentarlo es su ley, buscan retrospectivamente las raíces del actual cataclismo. A ello están encaminados los sucesivos capítulos de la obra.

Todas aquellas culpas y responsabilidades imputables a los demás, son apartadas con cuidado de su consideración, para ceñirse a las de Alemania misma. Meinecke encuentra el más notorio germen del mal que luego había de desarrollarse hasta el espanto en la fórmula nacional cuajada por Bismarck. "Bajo su gobierno — escribe — se mantuvo aun hasta cierto punto la síntesis de poder y cultura tal como la entendieran los adalides espirituales del movimiento de unidad. Esos mismos adalides, y a la cabeza de ellos Treitschke, que al principio, cuando los primeros pasos de Bismarck en la época del conflicto, se sintieron muy escandalizados, fueron en el año 1866 sus apologistas y admiradores. La consecuencia fue que en las síntesis de poder y cultura, de espíritu

y Estado, el centro de gravedad siguiera desplazándose, lenta pero incesantemente, del lado del poder y sus dominios. Puedo acreditarlo por la evolución operada en mí mismo, hasta que luego, ya en los años anteriores a la primera guerra mundial, también volvió a producirse en mí una reacción de sentimiento humanitario". Pues Meinecke, nacido en 1862, fué testigo infantil de la guerra franco-prusiana, y se formó bajo el Imperio Alemán, dentro del Imperio Alemán, para luego vivir las alternativas de la primera guerra mundial, la postguerra azarosa y, por fin, el aterrador fenómeno hitleriano que acabaría con los fundamentos de aquel Estado nacional del que era fruto postrero. Su libro se afana en buscar las claves del proceso histórico en que se hallaba integrado también su personal destino. Para él, el esquema de ese proceso está dado en la confluencia de dos olas sociales crecientes: la de la formación nacionalista y la de las masas en ascenso. Junto a las etapas de la acuñación nacional alemana que nadie podía presentar en línea tan sucinta como el historiador de *Weltbürgertum und Nationalstaat*, el capítulo titulado "El maquiavelismo de masas" en *La catástrofe alemana* puede considerarse como un apéndice a su famoso *Die Idee der Staaträson in der Geschichte...*

Difícil se hace apreciar en las páginas que estamos comentando hasta qué punto el escritor ha estado consueñido por su propósito de reducirse a considerar los

acontecimientos mundiales de estos años dentro del marco de la nación alemana y contemplar sus exclusivas responsabilidades, y hasta qué punto su formación nacionalista —el peso de su propia vida ya constituida, configurada, hecha en aquel molde— le impide percibir la catástrofe alemana dentro de sus conexiones político-sociales de alcance internacional. En todo caso, quien no se encuentre impedido por ninguna de esas dos inhibiciones echará ahí de menos, junto al examen del caso alemán, una presentación del hitlerismo como fenómeno mundial, que arranca de causas mundiales y tiene manifestaciones mundiales, por más que en Alemania, debido a circunstancias muy ostensibles —emplazamiento geográfico, densidad de población, condiciones económicas, nivel técnico, etcétera— mostrara una mayor pujanza, es decir, más amenazadora brutalidad, si no crueldad más abominable que en otros países. Pues sólo cuando sea entendido en toda su amplitud y en toda su profundidad ese monstruo de nuestros días, y sea denunciado en cada una de sus cabezas innumerables, habrá alguna posibilidad de guardarse contra él. (Una forma de su disimulo, muy peligrosa por extendida, consiste en identificarlo con su encarnación germana: triturado el poderío alemán, quedará así en franquía el mal para campar bajo otras encarnaciones, y aun a veces disfrazado bajo la enseña de su contrario...)

Sea como quiera, la sorpresa de hombres tales como

Meinecke al descubrir la verdadera faz de aquello que durante tiempo y tiempo, y sin que hubiera podido sospecharse, había incubado tanta ferocidad, debe servir de ejemplo. Refiere el viejo profesor la frase que un colega suyo, danés, le dijo comentando las experiencias del Tercer Reich: "Ya sabe usted que a mí no me gusta Bismarck; pero ahora tengo que reconocer que Bismarck pertenecía a *nuestro mundo*". En efecto, hay que suponer que el Canciller de Hierro se hubiera aterrado también si acaso le hubiese sido dado prever que su gobierno llevaba en las entrañas al desalmado régimen del hampa, y que sus decentes ideas autoritarias estaban preñadas de ese delirio insensato que sería la ideología nazi...

De todas maneras, esta lección del desengaño es la última y más valiosa que puede ofrecernos el ilustre profesor. Y para quien posea un cabal, adecuado y recto sentimiento de la Historia como función de la vida, y no la entienda a la manera de hueca erudición, será fuente de emoción muy subida el encontrar al sabio maestro, al circunspecto profesional, tal como lo encontramos aquí: enfrentando, desamparado, hechos que ha visto brotar con personal angustia y que han dejado como saldo la destrucción completa de aquella base sobre la cual estaban edificados su pensamiento y su obra. Los capítulos que Meinecke dedica a discutir el problema del azar en las determinaciones históricas sobre el ejemplo vivo del acceso de Hitler al poder, suscitan la emoción del hado

jugando con los hombres, y despiertan las vivencias de todo aquel que, de alguna manera, haya debido participar en esas decisiones u otras análogas. Se percibe ahí, en esas páginas transidas, el escalofrío del destino, la palpitación de la historia en su más auténtico sentido. “¿Quién podría llegar nunca a deslindar claramente lo personal-casual y lo general que se eleva de las profundidades de la vida nacional?”, se pregunta. Y luego, el enigma de la personalidad de Hitler viene a atosigarle: “A menudo —escribe—, en los más poderosos dominadores de la historia universal se tropieza propiamente con profundidades enigmáticas, en que falla y parece disolverse la relación natural entre el yo y el ambiente”...

De patética he calificado al comienzo la circunstancia de que esta primera y única voz razonable nacida del cataclismo alemán sea la de un anciano; patética es, y muy significativa. Sólo una voz del pasado se lamenta sobre las ruinas, sobre el montón de escombros. La dignidad, el orgullo, la virtud y, tras de todo ello, la antigua piedad alemana, contemplan melancólicamente las horribles postrimerías de una estructura política que, antes de su derrumbe material, había sido ya evacuada del espíritu.

INDICE

	Pág.
NOTA.	7
OJEADA SOBRE ESTE MUNDO	
Un profesor en perplejidades.—El progreso en la técnica material y en la política.—El proletariado dentro del capitalismo.—La economía en el puño del Estado. El oro y el hierro.—El descamisado patriota. Fuentes del nacionalismo.—Capitalismo y guerra.—La democracia irresponsable.—Del internacionalismo al nacionalismo proletario.—Perspectivas inmediatas.—Las “revoluciones” de gangsters.	9
EL HOMBRE AL DÍA.	61
LIBERTAD Y TECNOLOGÍA	
Progreso técnico y progreso moral.—La máquina contra el hombre.—Las amenazas de la moderna tecnología.—Efectos contradictorios	

	Pág.
del progreso técnico.—Inadecuación entre el progreso técnico y la organización política del mundo.—La soberanía de los Estados nacionales.—Hacia el restablecimiento de la confianza.—El camino a seguir.	79
✓ EL PROBLEMA DEL ESTADO EN LA CONTRARREFORMA VISTO A TRAVÉS DE DOS PENSADORES REPRESENTATIVOS	
Pedro de Ribadeneyra.—Francisco Suárez.	107
✓ EL PODER MUNDIAL Y NOSOTROS.	127
✓ LA CATÁSTROFE ALEMANA	
Testimonio de un historiador.	137

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

IBRERÍA CUBANA

MATERIA

LIBRO

FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.



HN18
A88



UNAM

7941

INST. INV. SOCIALES

MATERIA

LIBRERO

XIV

TABLA

3

HN18
A88
ej.3

Ds.7941

AYAL

SOCI
LOSI
POLITIC

HN18
ABB